

CLAUDIO MERCADO
LUIS GALDAMES

DE TODO EL
UNIVERSO ENTERO

FONDO MATTÀ
MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

4

Tender puentes entre universos
alcanza en este libro un gran logro.
Entre Claudio, urbano, con su
herencia occidental, y Quilama, el
pescador, se tiende un puente
mágico... en ambos está abierta la
puerta de la percepción...

José Pérez de Arce
Museo Chileno
de Arte Precolombino

291.4
M553
1992
C3

DE TODO EL UNIVERSO ENTERO

Claudio Mercado
y Luis Galdames

Colección
LA HISTORIA ESCONDIDA EN TODA HISTORIA

FONDO MATTA
MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

SUMARIO

- 7 Presentación
- 9 Prólogo

- 15 Y por ahí me fui haciendo *chino*
- 29 “Pero hueón, ¿cómo se te ocurre tenerle miedo al Cristo?”
- 41 El inmenso puente al universo
- 57 “Cuando vaya en el camino, pues cúbrelo con tu manto”
- 73 “Claro pue’ amigo rubio, claro que sería bonito”

PRESENTACION

El Museo Chileno de Arte Precolombino ha encontrado un lugar en el acogedor seno de las ciencias antropológicas y por ello no deja de estar alerta ante sus múltiples desarrollos.

En el último tiempo la antropología ha tenido un «giro poético», ha querido enfrentar la «objetividad» del antropólogo con sus personales vivencias etnográficas, con un tipo de expresión que nos introduce de lleno en el campo de la metáfora y la poética, y que se inscribe en un mundo literario premonitoriamente anunciado por Lévi-Strauss en su obra *Tristes Trópicos*.

Esta Antropología Poética crece ahora al amparo del Museo y gracias a la colaboración de Matta, quien ha puesto a nuestra disposición los fondos de su Premio Nacional de Arte. Esperamos con esta experiencia contribuir a un acercamiento de la Ciencia hacia el Arte.

Carlos Aldunate del Solar
Director
Museo Chileno de Arte Precolombino

Santiago, Octubre de 1994

PROLOGO

Quilama, uno de los protagonistas de esta historia, es un alférez de baile *chino*, no del lejano país oriental, sino de los chinos que tienen el nombre quechua de “servidor”, los fieles vasallos de San Pedro que año a año hacen fiestas en su honor en las caletas de Chile Central. El otro protagonista, Claudio Mercado, es santiaguino, arqueólogo y músico.

Juntos con Claudio hemos descubierto la tremenda herencia cultural que encierran los chinos en las caletas de Higerillas, Quintero, Horcones, Loncura, Ventanas, Maitencillo y Zapallar, en los numerosos pueblos del interior, y más al norte hasta la región de La Serena.

Los chinos de la costa tienen como misión dar, un día al año, una fiesta a San Pedro, santo patrono de los pescadores. Dicen que si en una fiesta no hay chinos, la imagen no se mueve, se pone pesada y no camina. El sonido de las flautas hace caminar la imagen, mientras ellas suenan la imagen sale del templo a través del gentío y baja entre las casas hasta la playa, donde en un bote hermosamente adornado pasea por el mar, para luego regresar al templo. Durante este recorrido, los bailes se detienen para que el alférez cante la historia sagrada, con recogimiento, con palabras hermosas y versos. Luego, todos los bailes chinos con flautas y tambores retoman el movimiento, y la imagen es transportada nuevamente a través del circuito ritual. Mientras tanto, la fiesta es amenizada con el encuentro de amigos, el paseo por la playa, el comer.

Cada baile *chino* representa a un lugar, a un pueblo, y por lo tanto, a un grupo humano con lazos de parentesco, de convivencia. La cohesión, experiencia y vitalidad diferencian a los buenos de los malos bailes. El papel de los chinos es tocar las flautas con toda el alma. El papel del alférez es dar la palabra, cantar la Biblia, expresar al santo el sentir de los chinos, sus vasallos. El alférez generalmente no pertenece al baile, sino que es invitado por éste a acompañarlos en la fiesta. Quilama sale generalmente con el baile de Pucalán.

Quilama es un pescador de Ventanas, y como todo chino, es fruto del cruce entre herencias culturales muy distantes y con-

trapuestas. Los rastros de la tradición de los chinos a través de crónicas históricas, hallazgos arqueológicos y analogías etnográficas muestran una sorprendente continuidad cultural, con rasgos que han perdurado más de setecientos años, como el especialísimo *sonido rajado* que distingue sus flautas. Otros elementos, como la Biblia, las imágenes, el idioma, son herencia hispana.

Claudio, en cambio, es santiaguino, pero con una infancia pueblerina que pesa. Se hace *chino*, baila y canta con ellos y en poco tiempo es considerado como uno de los buenos, se integra a un circuito de fiestas y conoce a muchos chinos, entre ellos a Quilama. En una fiesta que grabábamos juntos, Quilama se acercó a pedirnos que no lo grabáramos, porque él cantaba para el santo y no para hacer un espectáculo, y que le respetáramos eso, cosa que hicimos. Con el tiempo, ese mismo Quilama hace con Claudio un video y un libro.

Tender puentes entre universos, obsesión de Claudio, alcanza en este libro un gran logro. Entre él, urbano, con su herencia occidental, y Quilama, el pescador, se tiende un puente mágico: a ambos los une el estudio, a Claudio la arqueología, la música, la musicología, a Quilama la Biblia. Quilama habita su fe milenaria con la tremenda experiencia de pescador, Claudio habita el complejo sistema científico occidental. Pero en ambos está abierta la puerta de la percepción, del arte. Es allí donde ambos se cuelan a otros mundos y nace este libro. Este libro es obra de Claudio, porque él sabe cómo escribir sus verdades, pero también es de Quilama, que habla las mismas verdades con otro idioma. Y ése es el gran mérito de este libro: ser el perfecto puente entre dos universos con la misma ambición de lo inexpressable.

José Pérez de Arce
Santiago, agosto de 1996

A Armando, que me invitó a ser *chino*, a Daniel Ponce, siempre
soñando con su baile de El Venado, y a todos los *chinos*.

Claudio

Y POR AHI ME FUI HACIENDO CHINO

Yo, de las 66 historias que tiene la Biblia, amigo mío, al hombre más famoso sobre la tierra le doy historias a escoger para cantarlas, para cantarlas, no para enseñarlas porque no sé enseñar, para cantarlas, para convertirlas en versos. De las 66 historias que tiene la Biblia, desde el primer libro del Génesis hasta el último libro, el Apocalipsis, yo le doy a escoger a cualquier cantor, de todo el universo entero.

La vida y la muerte en un baile *chino*, aquella frase repetida tantas veces en mi cabeza. Los días se escurren , el invierno se va acercando, las ideas me arrasan y una vez más da lo mismo, al final empiece donde empiece siempre llego a lo mismo, dicho de otra manera, pero en el fondo, en el verdadero fondo es lo mismo, siempre lo mismo, estamos perdidos, allá o acá, perdidos igual.

Los *chinos*, clau, los *chinos* son el inmenso puente al universo.

Escribir todo lo que ocurre o deja de ocurrir en una fiesta de *chinos*, pero los *chinos* no terminan ni empiezan en las fiestas, los *chinos* se pegaron a mí como esos bichos en nuestros estómagos y es imposible separar mi vida de ellos; en cualquier momento los *chinos*, en todo momento los *chinos*. Santiago se entrelaza con Cai Cai, con la cuesta de La Dormida, con El Venado, con Ventanas, con el sonido de las flautas que te rodea y te envuelve como esas ranuras en el cielo. El día te envuelve y te enreda en los huecos del aire y ya eres los huecos del aire y eres la trama que te envuelve, todo lo mismo, una vez más todo lo mismo en esta inmensa trama, chineas en Chichén Itzá o en Cai Cai, es lo mismo, es lo mismo porque ¿dónde pones el límite entre los *chinos* y yo?

La historia de los *chinos* es en realidad mi vida, es escribir mi vida, que es lo único que podría hacer, lo mismo, siempre lo mismo, esta música de Glass y mis sensaciones, lo mismo, siempre lo mismo y tan diferente. Las palabras se inventaron para confundir a la gente, las palabras apestan y aquí estoy escribiendo, intentando decir algo que es absurdo; quédate dor-

mido, agua fría y remedios para la tos, el que se cae al barro gana, ese continuo de la música, ese *ostinato* demencial de Glass. Este es el plan de trabajo de mi escrito, Pancho; todo lo que sucede en este universo porque el universo soy yo, y tú y todos, absurdo intentar acorralarlo y cortarlo, absurdo e imposible.

Me quedo me escondo me largo me arranco, el título de algún escrito que te pasé como diarios de viajes, querido Pancho, este es otro diario de viaje, todo lo que escribo y dejo de escribir son mis diarios de viajes, sólo eso, todo lo que haces es viajar y vivir mientras se derrumba el cielo y tú con él y te levantas y te amarras, te doblas y todo comienza a girar; Glass siempre Glass, debiera mandarle la música de los *chinos*, los *chinos* Claudivarius, los *chinos*, cinco años viviendo en los *chinos*. Que magnífico encuentro. La vida y sus marañas de situaciones y personas, la vida y la trama del universo; en una vida y en cada célula y en cada mirada la trama de la vida, la inmensa telaraña que se mueve moviendo el universo. Y mientras atravieso la plaza de armas repleta de gente algo se abre y los gritos del predicador se transforman en el sonido de los *chinos* saliendo de la catedral y yo con ellos tocando endemoniadamente y suspendido en esa corriente de sonidos que forman ambas filas de flautas, floto y atravieso la plaza de armas, la misma plaza de armas que cruzo todos los días pero ahora es tan distinta, voy chineando tan suavemente, movimiento ondulatorio, sonido ondulatorio que entra al *Chez Henry* y hace aún más exquisitos sus helados. Entro por el paseo Ahumada y ya estoy de este lado nuevamente, caminando entre tanta gente que camina, entre tanta gente que pasa hacia todos lados, tanta gente que busca y busca y yo entre ellas buscando, husmeando, intentando agarrar algo que se escapa constantemente y que busco en tantas partes y de tantas formas.

Yo no nací en Ventanas, yo nací en San Felipe, soy sanfelipeño. Mi padre trabajaba allá y vivía con mi madre. San Felipe en esos años era muy pobre, se vivía de la pura cuestión del cáñamo.

Mi papá era de aquí, de Ventanas, ventanero, y mi madre sanfelipeña. Y de chico, cuando mi padre trabajaba aquí, yo iba a la escuela mixta número 28, en esa escuela me eduqué hasta la cuarta preparatoria que se llamaba, no había más. A

los nueve años me salí de la escuela a trabajar, a los once buceaba con esos tremendos equipos de escafandra, una cabeza grande de fierro que había, el único niño que buceaba era yo.

De cabro conocí a los bailes chinos. En ese tiempo las fiestas aquí eran de amanecida; si la fiesta de San Pedro iba a ser mañana, hoy día a las dos, tres de la mañana empezaban a tirar tiros, dinamitas en la playa, grande la fiesta.

Arturo Ogaz era el alférez en esos años, yo fui a hablar con el dueño del baile, con el cacique del baile, ahí empecé de chino culatero, tiene que haber sido como a los cinco años. Ibamos a Petorquita, en ese tiempo se iba en camión, era como ir al extranjero en ese tiempo, claro, era una fiesta grande; esperábamos el camión, con ropa, cama, comida, todo pa' ir a Petorquita, aquí mismo no más, un poquito más allá de Calera. El día antes se iba, era muy nombrada esa fiesta.

Y por ahí me fui haciendo chino y me acuerdo de un cabrito que venía alfereando de allá de Los Andes, y se topó con el finao Arturo Ogaz, hombre ducho, viejo ya, un hombre de cincuenta años, y lo atropelló al niño en la fiesta de Petorquita. El Arturo Ogaz era bueno, no había alférez por aquí mejor que ése, era bueno el viejo, muy bueno el hombre, y lo atropelló, le hizo preguntas difíciles, lo dejó en vergüenza. Y al año siguiente el mismo alférez, el cabrito que le contaba, se topó en la puerta de la iglesia con él y le dijo "vengo dispuesto a cantar con usté' porque ahora no me va a atropellar ná', vengo a cantar con usté' porque vengo bien preparado, y aquí vamos a ver quién sabe más". Yo iba de chino del finao Arturo Ogaz escuchando todo, orejeando todo, y ahí el finao Ogaz le preguntó cuántas eran las plagas de Egipto y el cabro le contestó que diez y el finao Ogaz le dijo que no, que eran siete, y ahí me vino a la cabeza lo de ser alférez, de esa pregunta se me vino a mí, ¿quién tenía la verdad, el cabro o el Arturo Ogaz? Y eso porque nunca había leído, entonces no supe cuál era la verdad, uno que son siete y el otro que son diez...

Después le dije a mi papá que quería aprender, "claro po' hombre", me dijo, y me compró un nuevo testamento, no era más que así, chiquitito, apenas se leía.

Llegó el año 62, y vararon aquí todos los botes de Horcones, y le pregunto al viejo Ogaz qué tenía que hacer pa' ser alférez,

y el viejo baboso, no hay otra cosa que decirle, me dice ¿sabe usted' lo que le pasó al rey David después que se puso viejo? No po', le contesté, qué iba a saber yo si recién le iba a preguntar lo que tenía que hacer pa' aprender a cantar de alferez.

le conté a mi papá lo que me dijo el finao Arturo Ogaz, y me respondió "yo tengo otro cantor en Horcón, que te puede enseñar, muy amigo mío, el Agustín Estay". Partimos con mi papá a pie, en ese tiempo se andaba a pie, partimos pa' allá. Lo encontramos debajo de una ramá' al hombre, torrante, vivía muy mal el hombre, pobre, vivía en una casita de quinchá, una ramada ahí, ¡claro pue' Lucho hombre!, le dijo, yo le enseño a tu niño.

Después que lea la Biblia, me dijo, todo lo que lea tiene que irlo convirtiendo en verso, hasta el Jardín del Edén, hasta ahí no más lee usted', después que haya leído bien esto venga pa' acá y lo vamos a cantar entre los dos.

Claro, yo interesado, olvídense, llegué aquí afanao a la Biblia. El mismo me pasó una biblia vieja que tenía allá, un viejo testamento, y un día partí pa' Horcón. Aquí mi papá me tomaba el libro así que cuando me encontré arreglado partí pa' allá y no lo saludé al amigo Agustín sino que le eché un romance, cuando llegué allá le eché un romance, y él me lo contestó altiro el viejo, no ve que era muy re' bueno también, si estaba así mal porque era bueno pal' vinacho pero era muy re' bueno de alferez.

Ahí cantamos los dos, y me dijo usted' es muy re' bueno pa' cantar, usted' leyó esto y lo sabe mejor que yo, hay partes que cantó que a mí se me habían olvidado ya.

Y venía la fiesta de San Pedro, el profesor de la escuela, empeñoso el hombre, dijo: ¡cómo no le vamos a hacer la fiesta! Hicimos flautas de chifuta no más, pantaloncito y camisa blanca, el que tenía zapato, zapato, y el que tenía zapatilla, zapatilla, como fuera. Hicimos unos gorros de cartón y salimos en la escuela y ahí canté por primera vez, en el colegio, en una fiesta de San Pedro que hizo el colegio porque no la hicieron los pescadores, y ahí canté por primera vez, tiene que haber sido como a los nueve años, a esa edad estaba en cuarta preparatoria y ya no habían más cursos y me estaba saliendo

por ir a trabajar, a bucear. Era cabrito, era gordito, chiquito, se reían cuando buceaba...

Canté por el colegio a esa edad y ahí me perdí, no canté más porque no habían bailes, nadie creía en un cabro chico que fuera a cantar. En aquel tiempo estaba el baile de Campiche, y viejos nombrados: Arturo Ogaz, Ginés, viejos guapos, así que decían "este cabro no sabe ná', que lo vamos a llevar", y yo seguía flauteando, pero me amanecía leyendo la Biblia.

En esas cosas tengo que haber estado más o menos hasta la edad de quince, dieciséis años. Ahí me encontré cuando llegué a las plagas de Egipto, cuando cantó el finao Arturo Ogaz con el cabro, y ahí dije yo, verdaderamente el cabro era superior al finao Arturo Ogaz...

Y yo leía más y más, fui sacando la descendencia de uno, la descendencia de otro, y mientras tanto le pedía al Señor: Señor, quiero aprender tu sabiduría, dame sabiduría, dame entendimiento en tu palabra, en este libro tuyo que es tu voz, lo sagrado tuyo aquí, es tu palabra viva. Y así se me fue abriendo la mente, sólo con la Biblia, y fui sacando las generaciones y las conclusiones yo solo, porque el Señor me abrió la mente, el camino. De tanto leer empecé a sacar conclusiones. En ese tiempo leía con velas, no había luz eléctrica, pura vela, a veces aclaraba, no me daba ni cuenta cuando aclaraba y estaba leyendo, me levantaba, dejaba el libro y partía a la mar.

Debo haber recorrido la Biblia unas veinte veces, entera pue', si algún gallo va a cantar por historia, por sabiduría no me va a pillar, porque tengo grabadas las historias, me las grabé pa' todos los días de la vida.

Así empecé a cantar, de cabro, después agarré un baile que se formó en Ventanas, lo agarré firme y empecé a cantar, fue en el año 66, ahí empecé a salir con el baile, definitivo ya. Antes cantaba esporádicamente, de chico no más, cuando íbamos a una fiesta a Campiche y volvíamos y los gallos querían tomar un pencazo por ahí; "ya oye, agarra la bandera", ahí me echaban por tabla pa' que pidiera vino en la cantina, y pasábamos ahí, le echaba la romanceada; que veníamos de Campiche, traemos mucha sed, le explicaba en el canto, "ya pasen cabros pa' acá", y le daban a los gallos vinacho.

Así se hacía antes, así empecé yo, de primeras cuando iba de chino me daban la bandera pa' puro pedir no más, como quien dice éste tiene cara de caballo, cara de palo pa' que pida. A los otros les daba vergüenza, pero yo con ganas de aprender lo hacía po' ñor, dentro de mi inconciencia de cabro, yo lo único que quería era aprender no más, ahora no, ahora me dicen anda a pedir pa' tomar, no po', no voy.

Llegué a Petorquita, niñito, la segunda vez que iba a Petorquita, cabrito, debo haber tenido unos 14 años, iba con el baile de Pucalán, no con el de ahora sino con el baile de La Greda de Pucalán. Llegué allá y le pregunté a un alférez, cantando le dije que quería saber su nombre, porque como no lo conocía, le preguntaba por el nombre, buscando amistad... y me dijo:

*Yo me llamo Luis Tapia
y usté' lo debe saber
engendrado por un hombre
en el vientre de una mujer...*

Eso me respondió. Y yo en el canto no le pregunté quién lo engendró, ni quién lo anduvo trayendo en el vientre, sino que le preguntaba por el nombre de él no más. Entonces la gente que estaba ahí se rió, porque la respuesta que me dio, como quien dice, pucha, jodió al cabro, entonces como yo siempre pa' cantar fui medio habiloso, gracias al Señor, siempre me dio el ser habiloso para responder, le dije:

*Está bien mi buen amigo
y creerle no es costoso
si hubiera estado en el vientre de su padre
habría sido vergonzoso...*

Lo clotié, lo rajé medio a medio porque él me contestó mal, si él no me contesta mal yo no hubiera dicho eso. Saqué aplausos afuera, de la gente, yo no iba a eso pero es que en ese tiempo era así. Los alféreces querían sobresalir de uno, y como lo veían cabrito pensaban "este cabro no sabe ná', está recién aprendiendo", estaban re' equivocados ellos.

Canté con un tal Loncho, Loncho Tapia, yo iba bien preparado así que le planté la pará de carro al Loncho, lo paré en seco,

le nombré todos los libros, le dije que eran 66 historias, que cuál historia quería cantar, no preguntas tontas, si quieren tener sabiduría, yo traigo sabiduría de la costa.

Me entusiasmé en esto y me apasionó tanto que tomé a la Biblia como una revista de historietas, y no lo hice así como quien dice pa' apocar a este y a este otro, porque ahí posiblemente el Señor me hubiera nublado la mente y me hubiera dicho tú no servís pa' esto. Yo tengo libros allí, libros tremendos que he estudiado, que he leído, años que de aquí no bajaba pa' la calle, me quedaba estudiando, estudiando, llegaba de trabajar y me amanecía aquí leyendo, estudiando, aprendiendo, historia por historia, la Biblia.

Una vez hicieron la cena de Cristo, la última cena antes de morir, y la estaban haciendo y yo me imaginaba lo que había leído, me imaginaba lo que hizo el Señor allá, y empecé a llorar y ahí me tuve que venir, llora y llora, me emocioné de ver que había estado allá. Uno se apasiona tanto que después se le arraiga en la mente, se le arraiga en el corazón po' ñor, claro, ya después usté' no puede ver la injusticia, así empecé a cantar yo.

En Petorquita una vez canté con tres cantores diferentes, en el mismo baile, me los cambiaron. El último fue un viejito que había sido cura, muy antiguamente, se llamaba Faustino Morales. Y me empezó a sacar las riquezas de la tierra el hombre, siempre me acuerdo, y yo le empecé a sacar las riquezas de la mar, me sacó el oro, que ellos tenían oro en la tierra y le dije que yo también tenía oro en el mar, por el petróleo, por el oro negro, así me fui defendiendo hasta que después me tuvieron que aceptar y respetarme como tal.

Ir a la fiesta de Pachacamita y meterse en el sonido, en el aire lleno de sonidos, en las flautas sonando por todos lados. El baile de El Granizo con sus flautas de cañas que hacen un sonido demencial, los 2/4 repetidos durante todo el día en un crescendo inmenso, en una polifonía fantástica que rompe cualquier estructura mental. El baile de Ventanas junto al de Petorquita hacen que los ojos sean absurdos, caminar entre ambos sonidos es estar flotando en ondas sonoras alucinantes, la luna se para

con los cachos hacia arriba, el alférez pide por la salud de un compañero de la hermandad que está enfermo, la feria se agolpa en la calle de tierra y polvo, el sol entibia el verde que nos rodea, el río Aconcagua, los cerros verdes de hierba y cielo, un día increíble para esta increíble fiesta; a cien el maní, a cien el helado, heladito güeno aquí, sacar y chupar, sacar y chupar, la procesión avanza entre olores a fierritos, cabritas, empanadas y cuanta cosa hay, los *chinos* suben bailando y tocando la colina donde se cantará a la Virgen del Carmelo, la subida es empinada y resbalosa y ahí van ellos tocando sus flautas, la fe inmensa en los rostros, en las piernas que suben y bajan, en estas flautas que hacen temblar el espacio...

Entrar a la iglesia de Olmué cuando dos bailes *chinos* tocan al mismo tiempo, cerrar los ojos y el sonido ahí abriéndome las puertas para salir disparado hacia el otro lado, cerrar los ojos y comenzar a sentir eso tan raro en la frente, esos círculos concéntricos entre los ojos que van dejándome en ese estado especial, la música de los *chinos* se pega a mi mente y la sacude con una fuerza asombrosa, me dejo ir y exploro lugares deliciosos, parado en la iglesia con los ojos cerrados recorro el universo, transportado en la música siento esa gigantesca armonía que repleta el espacio y rebota en cada soplo de los *chinos*, en cada gesto, en cada flauta. Sensación increíble de ser esta enorme masa sonora que anula el tiempo, de ser todos los sonidos imaginables, flotando entre las cruces mientras el obispo mira todo (porque es obvio que no escucha) con una cara de fastidio que va en aumento y que revienta cuando hace salir a los danzantes de la iglesia.

No me queda la menor duda de que con esta música se entra a un estado especial de conciencia, es más, me parece que quiéralo o no, sabiéndolo o no, la gente que acompaña a la procesión por el pueblo, al lado de las flautas y que después entra a la iglesia y continúa escuchando la música –ahora más impresionante por la acústica del lugar– entra a un estado de conciencia muy especial, algo ocurre en la mente y el cuerpo y quedas en ese estado perfecto para comunicarse con lo divino, para escuchar la misa con un fervor que evidentemente el cura no entiende. Es evidente que no lo entiende pues es ahora, cuando su público está en un estado increíble de receptividad a las palabras divinas, es ahora cuando él puede mostrarles el verdadero camino, es ahora cuando a la gente le llegarán a lo más hondo las

palabras que él tiene para decir, para mostrarles la verdad divina, y sin embargo ahí va y lanza su perorata fastidiosa y absurda que rompe toda la magia que se ha acumulado con el sonido de las flautas; que estos bailes son bonitos pero no sirven de nada si no van acompañados de la fe, que los bailes de danzantes salgan porque la iglesia no es lugar para bailar...

Atravesar Irarrázabal con los ojos pegados al silencio, arrastrarse entre luna y gritos, avanzar, siempre avanzar, recorrer la vida sin saber nada sobre ella; la gente roza mis labios y se escurre, yo rozo sus piernas y me escurre, la Maida muere de cáncer, la vida roza nuestros ojos y se escurre, apagar los labios y dejarse ir, subir por Irarrázabal como si nada, tomar la vida como si nada, como si cada segundo no fuera único, como si cada momento que pasa no fuera un momento menos...

¿Quién mueve los hilos? ¿Quién dirige este enorme sueño?
¿Quién se para en la punta de la nada y maneja la lluvia?
¿Por qué ella y no otro, por qué otro y no ella? Envejezco, mis labios cuelgan hacia el mundo, la infaltable radio Aurora en todas las micros; vas en una micro, Clau, eres un hombre, vas hacia tu hogar, hacia el inmenso pedazo de tierra que has conseguido para vivir, para danzar, para enfrentar este juego como mejor puedas, para ir esquivando dardos, ir serpenteando entre la nada y los sueños, atravesando túneles, cavando inmensos ojos para llegar al viento; callarse, tragarse al mundo mientras él me traga.

Acercarse al hogar, recorrer la tierra como si no fuera nada, como si la distancia entre Valparaíso y Santiago no fuera enorme, tomar el auto y subirse a la carretera y al zumbido del motor y tragarse cerros y bosques y planicies mientras cantamos esos cantos multifónicos o conversamos tantas cosas, el José pegado al volante adivinando las curvas y los baches mientras yo fijo la vista en la nada que nos devora y voy arrastrando mi sangre, mi vida junto a esta máquina que se desliza a una velocidad fantasmagórica.

Y llegar al hogar, a la Trípili Trápala, y encontrarme con La Negra metida hasta el cogote en las frazadas porque no consiguió encender la estufa y el frío pegado en los vidrios; hablar, callarse, mirarse y entregarse, ir sacudiendo uno a uno los días perdidos y curvar los brazos para luego caer en ese estado

anterior al sueño, ese estado exquisito en que comienzo a flotar en ondas que me atraviesan y ahí aparecen los *chinos*, la música de los *chinos* en forma tan clara, tan impresionantemente clara llenando mis sentidos, bajo mí, sobre mí.

Floto en un espacio deliciosamente oscuro y repleto de la música de los *chinos*, el proceso se invierte, esta tarde en la iglesia de Olmué la música me llevó a un estado increíble, ahora voy a ese estado increíble y aparece la música. Me quedo largo rato escuchando mientras floto en una deliciosa armonía, escuchando las sutilezas de las flautas, los diferentes ciclos de melodías que van apareciendo, los sonidos graves que rasgan el aire, el inmenso espectro armónico que cae sobre el aire.

Los *chinos* atraviesan mi mente haciendo un inmenso hueco, instalándose en ella para siempre.

*

Todo el día en la casa de Daniel Ponce, constructor de flautas de *chino*. Viajar de Cachagua a El Venado, a los pies de La Dormida, y entrar a esa casa llena de olores a campo; yerbas acumuladas en canastos, fardos o sacos, llantén, hinojo, boldo, cedrón, los aromas se mezclan con las maderas de lingue con que Daniel hace las flautas, con los cantos de los pájaros, con el sol que atraviesa el humo de la fogata. Tocamos las flautas, de a pares, por un lado Daniel y yo y por el otro José, hermano de Daniel, y Agustín, mientras Periko Pérez graba feliz con la maquinilla maravillosa.

Nunca he tocado estas flautas y vamos probando, Daniel me dice cómo soplar, cuál es el sonido correcto, cómo tiene que rajarse el sonido en su exacta medida. De pronto le pillo la maña y mi flauta comienza a sonar tan bien mientras sientes ese emborrachamiento como le dicen ellos, ese ir entrando al otro lado tan rápidamente. El sonido de las cuatro flautas es una masa sonora que llena el espacio produciendo capas de sonidos que se van envolviendo, sumando y superponiendo hasta llegar a un momento en que soplas y no escuchas el sonido de tu propia flauta sino un gran acorde, estás envuelto en sonidos y se produce un ciclo ininterrumpido de acordes que se suceden infinitamente, las dos filas de flautas se alternan de manera tan sutil que de pronto hay un solo gran ciclo de sonidos, y es ahí,

envuelto en esa inmensa masa sonora y ya olvidado el emborrachamiento —porque después de un rato soplando se pasa— es ahí, envuelto en el sonido, que ocurre un cambio en el nivel de conciencia, que el sonido transporta a la mente a otro estado de conciencia.

Soy el sonido, floto en el sonido, en miles de capas de luces paralelas y horizontales que se desplazan a velocidades inimaginables dentro de mi cerebro y detrás de mis ojos cerrados, miles de capas de colores se superponen en mi mente mientras escucho las miles de capas de sonidos que también se superponen y voy flotando en este inmenso océano que es el fluir del universo, esa exquisita sensación de ser parte del universo, ese increíble estado de conciencia alcanzado con el sonido de las flautas de *chino*, enorme gama de sonidos que producen esa armonía gigantesca, inmenso puente al otro mundo.

Y esto no tiene nada que ver con la hiperventilación, o sea, tiene mucho que ver pero no es a lo que ella produce directamente a lo que me refiero, la hiperventilación produce inmediatamente un estado de mareo general, miles de agujas van pinchando sutilmente el cuerpo mientras vas cayendo mentalmente, sientes físicamente una sensación de vahído que puede llegar a ser desagradable pero luego de un rato tocando todo eso desaparece, sientes intuitivamente la necesidad de comenzar a moverte, comenzar a bailar y ahí ya se va acabando todo el emborrachamiento y se pasa a otro estado, la sensación física desaparece y ahí entonces, cuando las flautas están sonando perfectas, cuando la cantidad de sonidos armónicos que sale de cada flauta es la adecuada, cuando son bien tocadas y son los pares adecuados, se produce esa gigantesca ola de sonidos, el universo entero suspendido en capas de sonidos, es ahí cuando la conciencia salta y abre la famosa puerta y dejas el nivel cotidiano. Esa felicidad inmensa, esa locura inmensa de tocar, de ser el sonido, de estar en el sonido, de flotar en el sonido y dejar de ser hombre, envuelto completamente en esa gigantesca corriente de energía, de sonido y luces multicolores que se desplazan paralelas, capas de sonidos, capas de luces de colores viajando por el universo en el momento en que tomas conciencia de dónde te encuentras, qué eres, qué haces, sonido y luz, abandonado al juego de ser un pedazo de tierra, un pedazo de árbol, un pedazo de todo, todo y nada fundidos absolutamente en uno, el estado mágico de comunicación con el todo, el estado

en que todos los dioses de todas las religiones de todos los pueblos de todas las diferentes maneras de explicarse el universo descienden y los miras de frente y eres uno más, porque en ese estado eres todo y no hay yo ni tú ni aquél, todos lo mismo, infinito fluir del universo.

*

Estar en estos lugares de niño, en estos caminos que se suben a los cerros y giran entre tanto verde. Olmué, Quillota, Limache, asomarse entre risa y ojos a esa zona tan lejana ya de la infancia, comprar pan amasado y arrollado en Los Ojitos y comer en cualquier lugar, al final de un camino que choca contra una hilera de eucaliptos.

Llegar a la casa de Armando y quedarse ahí tanto rato mirando las flautas de *chino* y tocando y riéndonos de tantas cosas, ese olor a campo impregnándolo todo, la sencillez y la calidez de la gente; cajón grande con diez flautas encima, José mide que mide, feliz, huincha en mano introduce palitos por los hoyos de las flautas y va llenando exactísimamente sus famosas fichas mientras Armando lo mira con cara de extrañeza y cuenta alguna anécdota que ocurrió ¿hace ya cuántos años, Zunco? y el Zunco que ha llegado recién se ríe y, *sí, claro, como 20 años ya po'...*

La tarde pasa bajo una gigantesca ramada de eucaliptos que han construido sobre el camino. Cámara en los ojos voy filmando tanta cosa, dejando para siempre el tiempo encerrado en una cinta y con él los árboles y esta gente que se inclina bajo los cerros y canta interminables cantos a lo divino mientras Agustín toca la guitarra; ese estado de feroz melancolía, de nostalgia eterna en que quedo mientras escucho a Juan Un Ala (el Zunco) cantar los cantos por el Apocalipsis, la mirada fija en la nada mientras la voz se rompe en cada sobreagudo, canto que se hinca en la sangre y queda ahí, un bicho que va mordiendo los párpados mientras entras en ese estado agónico, en ese labio sin brazos que cuelga desde el cielo.

Comenzar a tocar las flautas y hacerlas sonar tan bien que los lugareños me invitan a su baile; “chii, mira como la hace sonar, pucha, ahí ya te ganó tu puesto pu’ Juan, chí, mira como sopla”, y yo voy rasgando el aire y la flauta da ese sonido increíble,

lleno de notas al mismo tiempo, una gran armonía que va desde sonidos graves a agudísimos, esa sensación tan extraña de tocar y escuchar un instrumento que llena todo el espacio auditivo; tocar unas ocho veces y entrar de inmediato en ese otro lado, lanzado hacia el universo con sólo tocar quince segundos, sentir esa corriente inmensa recorriendo el cuerpo y la mente lanzada al infinito, hacia ese otro estado que rompe las puertas con una intensidad abismante, esa misma corriente que sentí tan fuerte mientras grabábamos *El otro lado de la cinta* con el Periko Pérez y tuve que salir corriendo del estudio porque no soportaba la intensidad de esa gigantesca oleada que me recorría el cuerpo, provocada por tocar con toda el alma un *siku* durante quince minutos sin parar, soplando como si se estuviera acabando el mundo, que es lo que pasa cada vez que toco y lo que estoy tocando es lo único que existe. Tener que salir al patio e instintivamente sacarse los zapatos y conectarse de alguna manera a la tierra y traspasarle eso que me devora y comenzar a danzar en un estado mental horrible, sosteniendo una enorme lucha porque sé perfectamente que el asunto es crucial y que si no hago exactamente lo necesario estoy perdido, combatir entonces con todas mis fuerzas para salir del horror en que me encuentro, totalmente sobrepasado, el cuerpo y la mente a punto de estallar; comenzar a danzar intentando traspasar la corriente a la tierra, feroz lucha que finalmente consigo ganar, dominar el terror, ocupar todo el conocimiento acumulado en tantos viajes para vencer el pánico y salir a flote, ir sintiendo poco a poco cómo la corriente va cediendo lentamente mientras danzo y la horrible sensación de estar sobrepasados todos los límites se va haciendo más soportable, más humana.

Dejo de tocar y le digo a Armando que me pasa algo raro. *Claro, me dice, si uno se emborracha, como que se emborracha pero es al principio no más, después se pasa, ¿pero cómo, siempre que empiezas a tocar te pasa? Claro, siempre, pero cuando uno se pone a bailar se pasa. Así es, cuando uno empieza siempre se emborracha pero una vez que se pone a bailar, que se pone a saltar ya se le pasa al tiro y ahí sigue no más, se pasa y ya no se da cuenta.*

El asunto entonces funciona, se produce un cambio en el estado de conciencia al tocar las flautas, algo ocurre en la mente y luego se estabiliza con el movimiento de la danza, ellos dicen que comienzan a saltar y se acaba esa sensación de estar borra-

cho, claro, pero no es que se acabe, es que se convierte en otra cosa, en otro estado de conciencia que obviamente no es el normal. Yo no quedé en un estado normal después de haber tocado quince segundos, estuve toda la tarde un poco aquí y un poco allá, el estado mental del que toca estas flautas durante horas es evidentemente ajeno al estado normal, un estado especial provocado por la hiperventilación, el sonido repleto de armónicos repetido mil veces y la danza, el estado ideal para comunicarse con las divinidades, aquí, en los *chinos*.

Oye, puta que te suena bien la flauta, podrías salir por nosotros pa' la fiesta, el Armando me mira riéndose mientras me lo dice y yo le digo que sí, que es lo que he querido hacer desde que conozco a los *chinos*. Aquí está Armando invitándote a salir por el baile de Cai Cai, invitándote a ser *chino*, ¿en serio que salís? En serio, le digo, sintiendo que algo se vuelca allá adentro y que no hay vuelta, que acabo de decir que sí mientras el Armando y el Zunco se ríen imaginando cómo bailaré.

"PERO HUEON, ¿COMO SE TE OCURRE TENERLE MIEDO AL CRISTO?"

Y así empieza a caminar y empiezan a pasarle cosas que ni siquiera piensa que le van a pasar. Conversé con usted' una vez de las visiones que tuve. Esta pieza era la mía, pero era de barro, usted' no alcanzó a conocer esas casas, eran unas quinchas, se ponía esta chifuta y unos palos atravesados y le echaba barro, tierra con paja. Aquí dormía, en esta pieza, solo, y mis padres dormían allá arriba en la casa del segundo piso. Yo tenía mis libros ahí, de chico fui interesado en los libros, tenía la Biblia y leía hasta altas horas de la noche, a veces me amanecía leyendo, me tomaba tanto la lectura que no sentía sueño ni hambre ni sed, y en ese tiempo se leía con velas, no había luz, se leía con velas.

Tengo que haber tenido quince o dieciséis años cuando me empecé a confundir, la mente se me empezó a confundir, porque leyendo me fui dando cuenta que Cristo predicaba una fe y la religión que yo tenía era otra, o sea, se chocaban, como quien dice, el evangelio de Cristo con el evangelio del cura; Cristo me enseñaba una cosa y el cura me enseñaba otra, o sea el cura me mentía a mí cuando me explicaba. Iba a una misa y yo quedaba colgado, me mentía, me decía que el hombre tenía este hueso aquí porque ésta era la manzana que había comido Adán. Después leyendo la Biblia vi que no era así, no era que Adán se había comido la manzana, la manzana se la había comido Eva. Entonces me turbé la mente, no me trastorné sino que me turbé y me puse en discusión con mi persona; ¿cuál es la verdadera religión? ¿cuál es la verdadera religión?

Y le empecé a pedir al Señor en la noche; Señor, quiero saber cuál es la verdadera religión que uno debe seguir, y le estuve pidiendo varias noches, cinco, seis noches, no me recuerdo bien, hasta que un día, en la oración —porque siempre me he acostado muy temprano—, como a las nueve de la noche, tiempo de invierno, estaba leyendo cuando golpearon la puerta. ¿Quién es? Nadie contestó. Pregunté otra vez y nadie contestó, pesqué la puerta y abrí, en ese tiempo se usaban trancas, abrí la puerta, y me encuentro con el Señor, ahí en la puerta, el Señor con un niño de la mano, pero no Dios sino que Cristo, el salvador del mundo, Cristo, el hijo de Dios, Jesucristo, aquel

que nació de la Virgen María, con un niño de la mano lo veo ahí, y el hombre no me habló nada, no me dijo ni sí, ni no, ni ésta es la religión, nada, nada me dijo el hombre, sino que el hombre llegó y pescó por esta calle pa' abajo, no estaban estas casas aquí antes, eran puros sembrados y unas matas de higueras, la única piecita era la mía y la de mi padre, y cortó por el camino todo sembrado, y llegó allá a la calle y ahí se paró a predicar el evangelio. No me dijo que ésa era la verdadera religión, pero yo comprendí que ésa era la verdadera religión, porque él no me lo dijo con palabras, me lo mostró ahí, en el cantón de la calle, predicando con el niño.

A todo esto, de repente me viene la reacción, y no está ná' Dios, no está Cristo conmigo, no está Cristo ahí, ¡me dio un susto terrible, el susto pa' grande! Parto pa' arriba golpeando la casa de mi mamá, se levantó mi mamá y mi papá, ¿qué te pasa niño? No sabe ná' lo que me pasó, le dije, vi al Señor, y cortó pa' abajo y se puso a predicar el evangelio. Y me dijo mi papá, con estas palabras: "Pero hueón", me dijo, "cómo se te ocurre tenerle miedo al Cristo". Chii, qué quiere que le haga, ñor, me dio remucho susto, le dije.

Estuve tres meses que no me vine a acostar a esta pieza, tenía miedo. Nunca pude entender de haberle tenido miedo a Cristo, ¿quién le tiene miedo al Señor? Nadie, pero qué me iba a venir a acostar aquí, no amigo mío, después de los tres meses tuvo que venir a quedarse un primo conmigo, de a poco, hasta que perdí el miedo.

Al poco tiempo llegó la fiesta de la Virgen del Carmen de Petorquita, no iba a poder ir porque no tenía plata, no hallaba qué hacer, sin ni un veinte, ni pa' comer en la casa; no voy a ir, me decidí a no ir. Nos acostamos con la ñora temprano, y me puse a soñar, y en sueño veo a la Virgen María, aquí mismo, arriba, a la Virgen María, no a la Virgen del Carmen, a la Virgen María, en una nube celeste con ribetes blancos por los lados, y dentro de la nube celeste estaba la Virgen María, no me habló ná' tampoco, igual que Cristo, no me habló, sino que me mostró un camino largo, dentro de la nube había un camino que iba pa' allá, iba a dar como a un infinito y yo lo veía claro el camino dentro de la nube.

Desperté al otro día; sabís María, soñé con la Virgen, ¿estare lleno de pecado, le dije yo, que ando soñando con santos? Nos

sentamos a tomar desayuno temprano como siempre lo hacemos, a las ocho estamos tomando desayuno cuando llegan a buscarme, de Pucalán: "Oiga amigo Galdames, lo venimos a buscar porque Villalón que iba a ir con nosotros, se curó y no va a ir ná' y venimos a pedirle si nos puede acompañar a Petorquita". Sí, lo acompaño, pero no tengo plata, estoy en malas condiciones, amigo Yayo. No se haga ningún problema, nosotros le pagamos el pasaje, la comida y todo. Cuando me dijo así me arreglé y partí; ese es el camino largo que me mostró la Virgen, que me iban a venir a buscar pa' que fuera a la fiesta de ella.

Así he tenido esas visiones y fui un día a hablar con un padre que se llamaba padre Olivares, a conversar todas estas cosas que me habían pasado a mí, pensando que estaba lleno de pecado. Me dijo el padre cura –que si está muerto se lo coman los diablos en el infierno– "tú hombre", me dijo, "no podís ver eso", ¿por qué? le dije yo, "porque sólo los hombres santos ven esas cosas que has visto tú", me dijo, "esas cosas que tu decís son mentiras", ¡pero cómo van a ser mentiras!, le dije, ¡si yo las he vivido, yo las he vivido, a mí me han pasado, por eso se las vengo a contar a usté' pue'! El cura faltó que me echara, porque si no veían ellos esas cosas yo no tenía por qué verlas.

Me vine medio decepcionado, y conversando un día con un evangélico le conversé las mismas cosas, me dijo "vaya a hablar con el pastor allá arriba". Fui y le conversé al hombre porque yo quería saber de qué se trataban esas percepciones, porque a mí no me daba la cabeza pa' saber de qué se trataba eso. Me dijo el hombre: "Sabe amigo, usté' es un hombre escogido ñor, por todo lo que me cuenta usté' es un hombre escogido, a usté' siempre el Señor lo va a acompañar a todas partes porque usté' es un hombre de muy buen proceder, jamás lo va a desamparar, eso es lo que le quiere decir". Me vine más conforme, claro, y de ahí ya me empezaron a pasar cosas...

Sábado 28 de Noviembre de 1992, partir a Cai Cai a filmar los preparativos de la fiesta, finalmente llega el día en que seré chino. El jueves hacemos el gorro con la Javiera, forrado en dorado, estampas de Santa Cecilia y San Sebastián, guiraldas de pascua y espejos; pinto mi flauta de azul y rojo y pongo un

espejo entre sus orejas, compro las cintas azul y rojo para el terciado sobre la camisa blanca y ya estoy listo. Salir a las siete de la mañana con Agustín que se ha quedado en la Trípili Trápala y juntarnos con los chicos del video en la plaza Ñuñoa, subirse al Volvo setenta y tantos y partir a Cai Cai por la cuesta de La Dormida mientras el sol va anunciando el calor que tendremos tipo tres o cuatro de la tarde.

Tomar desayuno en Los Ojitos; sanguchote de arrollado con palta y coca cola y entrar hacia Cai Cai. La casa de Armando está llena de movimiento, se hacen ramadas, se desposta el novillo, las mujeres pelan papas y porotos verdes, pican cebolla y pepinos, un ajeteo general mueve piedras y ramas. Le muestro el gorro y la flauta a Armando y me dice que están buenos, hago sonar la flauta y el sonido también está bien y ahí entre vasos de mistela vamos conversando y riéndonos y Armando comienza a decirme que mañana me voy a morir, que no voy a ser capaz de aguantar saltando toda la fiesta, *voy a llevar una carreta con un burro pa' cuando te caigai, si el asunto no es así no más, si es jodío oh*, y así todos molestándome y riéndose porque no seré capaz de saltar todo el día, que los calambres, que el cansancio, *ahí te quiero ver pu' Claudio*, y yo callado riéndome y diciéndoles que mañana en la noche me reiré yo, que ya verán como lo hago perfectamente, *pero no, si la cuestión no es broma Claudio, chii, ahí vai a ver lo que es bueno*, y yo en realidad estoy totalmente seguro que el asunto físico no es problema para mí, que saltaré sin problemas todo el día, el único detalle es lo que me pasará en la cabeza, a donde diablos iré a parar en medio de ese mar de sonido, mi preocupación es ésa y no el físico, y ahí los chiquilines insistiendo que sólo voy a durar un rato y luego tendré que salirme, metiendo todo el miedo posible, contando anécdotas peliagudas sobre *chinos* que han quedado tirados.

Yo escucho y sonrío, sé que el asunto es fuertísimo y mañana se verá, no puedo negar que estoy preocupado, que estoy nervioso y que mañana es mi iniciación, tanto tiempo estudiando el chamanismo y ahora aquí, a pocas horas de mi primera vez en un contexto ritual, con toda una parafernalia y un sentido y una inmensa prueba que pasar. Qué locura, los pensamientos cruzan rápidos por mi mente, los dados están tirados y no hay vuelta atrás, todo es esperar a que amanezca y ponerme mi traje de *chino* y saltar y ahí se verá, sólo ahí se verá.

Ayudo a Armando a cortar la carne del novillo y luego a parar una ramada, las mujeres siguen pelando papas, van llegando carretillas con cajas de tomates, pepinos, cebollas, hay un delicioso ambiente de alegría y camaradería, tomo once conversando con el papá de Armando, los chicos de la tele y Agustín han ido a Granizo a filmar a don Lolo, atardece, llega más gente, todos se van enterando de que bailaré y se van sumando a las bromas, *no, no va a poder, se va a quedar en la mitad, ayayay, mañana vamos a ver al chino santiaguino pue'*.

Oscurece, los vasos de mistela han hecho su efecto, la noche es cálida y despejada, hay luna nueva, nos vamos a Olmué en busca de una residencial para dormir, encontramos la Sarmiento, piezas con dos camas y bacenica de porcelana, mesita con mantel a crochet y jarro de agua con un vaso. Nos instalamos con Agustín en una pieza y vamos hacia la plaza de Olmué en busca de algún lugar donde tomar unas cervezas, ha hecho un calor endemoniado todo el día y la sed arrecia, damos una vuelta y nos encontramos con una manga de dementes que grita y salta con las manos tomadas frente a un escenario y sobre él un tipo que grita que Olmué lo ha logrado, que Olmué ha juntado millones para la Teletón y comienza a dar las gracias a panaderías, supermercados, hoteles y a personas que se van hinchando a medida que las nombran mientras un tropel de niños de quince años canta una horrible canción tomados de las manos. Es demasiado y nos largamos, llegamos a un bar y engullimos las cervezas heladas mientras la Pancha llega con alfajores que le ha comprado al argentino de la esquina y vamos planeando la filmación de mañana.

Tipo doce nos largamos a acostar, mañana hay que levantarse a las siete y es un día duro, me meto entre sábanas blancas con rectángulos de colores e intento dormir pero no puedo, comienzo a hacer una relajación y luego a meditar, pero justo ahí el demente de Agustín prende la luz y me dice “¡hay una laucha, escucha!” y por supuesto salgo disparado del túnel en el que me estaba metiendo tan bien mientras Agustín toma la lámpara y comienza a mirar bajo las camas, pero obviamente no hay nada más que tablas, “en algún lado tiene que estar, yo la escuché”, no hay nada, Agustín, yo no he escuchado nada, “sí, si hay”, en fin, y si hay una laucha qué importa. Agustín apaga nuevamente la luz y ahí me quedo dando vueltas en la cama sin conseguir dormir, mañana es el día y los nervios me lo impiden, vueltas

y más vueltas hasta finalmente dormirme y despertar a las siete y salir al patio a respirar todo ese aire y ese amanecer lleno de sol y de algo que corre por mi cuerpo mientras hago un pequeña danza para relajarme.

Largarse a Cai Cai, comer un pan con queso en el camino y llegar cuando los fondos con comida llevan dos horas cocinándose; ningún *chino* ha llegado aún y Armando está preocupado, ponemos los tabloncitos que servirán de mesas para los invitados y ya está todo listo. Llega el baile de Pachacamita y unos danzantes, la cosa está andando y comienzan a llegar algunos *chinos* de Cai Cai, saco mis cintas y la mamá de Armando me las pone sobre la camisa blanca, Eugenio me presta unas medias rojas pero aún me faltan las ojotas, de repente tenemos como diez *chinos* y se forma el baile, ya cabritos, vamos no más, me pongo el gorro y mojo mi flauta mientras un nerviosismo feroz me invade completamente, llegó la hora, a soplar no más y que sea lo que sea. Me ponen tercero en la fila y comenzamos a soplar yendo hacia la gruta, al minuto de estar soplando comienzo a sentir una corriente espantosa que me atraviesa todo el cuerpo, como enchufado a una línea de alta tensión, el baile no es muy movido aún y siento que necesito moverme para descargar esta corriente espantosa que circula por todo el cuerpo, poco a poco la corriente desaparece de mis piernas y me da con una intensidad feroz en los brazos, siento un hormigueo tan fuerte y desagradable, como esa sensación de cuando se duerme una parte del cuerpo pero multiplicado por mil, sé que si muevo los brazos disminuirá pero no puedo moverlos porque estoy bailando *chino* y no se mueven los brazos, la corriente comienza ahora también a inundar mi cara, tengo todo el rostro traspasado por este hormigueo horrible, nada que hacer, esperar a que se pase porque en algún momento tendrá que pasarse, pero, ¿y si no se pasa?

Seguir soplando y saltando mientras subimos la escalera hacia la gruta y la corriente no hace ningún amago de disminuir, comienzo a mover los dedos de la mano izquierda para dar alguna salida a todo esto pero no consigo nada, nos acercamos a la Virgen y paramos abruptamente pues el baile de Pachacamita la está saludando y debemos esperar nuestro turno, esta parada en seco hace que la corriente aumente aún más, comienzo a mover lo más disimulado que puedo las piernas, los brazos y los dedos para descargar algo de esta energía que me arrasa. Le digo

a un *chino* viejo que está a mi lado lo que me pasa y me dice que sí, que es la presión que se tiene que regular, *veís que hay un cambio de presión cuando uno empieza a tocar pero después se te va a pasar, una vez que se regula ya se te pasa*, y yo por mientras con esta cosa horrible en mi cuerpo, totalmente sobrepasado, sobregirado, esta inmensa corriente que va cediendo poco a poco ahora que hemos dejado de tocar, el hormigueo se va haciendo menos potente y sigo haciendo movimientos lo menos notorios posible para que todo fluya y salga de mi cuerpo.

Los *chinos* de Pachacamita continúan saludando a la Virgen y nosotros parados esperando el turno, ha pasado la corriente y estoy tranquilo. Los Pachacamita terminan su saludo y nos toca a nosotros; comenzamos a soplar nuestras flautas y ese sonido exquisito llenando el aire y la corriente me va invadiendo desde los brazos al tórax, al estómago y a la cara, la única parte del cuerpo que se libra son las piernas que están en constante movimiento, subimos el final de la escalera y llegamos frente a la gruta y ahí tocamos un buen rato mientras esa corriente me sacude, intento no hacerle caso pero es inútil, es una sensación demasiado fuerte y desagradable, dejamos de tocar y el alférez comienza a cantar, la corriente me sobrepasa totalmente pero al cantar el primer coro disminuye un poco, luego al seguir cantando se va yendo lentamente, a la quinta cantada ya ha desaparecido, toda la corriente se va en ese canto hermoso y con toda el alma, esa repetición de las dos últimos versos de la cuarteta del alférez, la cabeza me palpita como si fuera a estallar pero la corriente ha cedido, se ha ido con el canto, yo intuía que sería así, que el canto actuaría como un cable a tierra que descargaría el exceso de energía, y claro, eso es lo que pasa, nada mejor que cantar en un coro a grito pelado para regular esa corriente espantosa; de la teoría a la práctica, chiquilín, ése es el asunto.

Termina el saludo y bajamos tocando hacia otra imagen que está en la calle principal del pueblo, esta vez la corriente no viene, esta vez todo es gozar del sonido de las flautas, soplar como demente y preocuparse de los pasos y las mudanzas del baile; llegamos a la Virgen y tocamos saludándola, el *chino* que está al lado mío se da cuenta que estoy con zapatillas y me ofrece unas ojotas que le sobran y quedo con la tenida completa y con las patas muchísimo más frescas, el alférez canta y nosotros hacemos el coro y luego es volver hacia la gruta, siempre tocando y bailando.

Se hace una misa y luego vamos a almorzar, todo el baile junto en una mesa larga, nos sirven cazuela con ensaladas y vino, voy a tomar jugo pero los *chinos* me dicen que no, que tengo que tomar vino para tener fuerzas para la procesión, *el vino te va a dar ánimo y te va a tirar pa' arriba, si no no vai a aguantar, de ahí pa' abajo saltando lo botamos todo, no vayai a tomar agua, no viste lo que me pasó recién cuando tomé agua: me dolió el estómago al tiro y tuve que salirme un rato, así que toma vino no más*, y me van llenando el vaso mientras comemos esa exquisita cazuela y luego un plato gigantesco de charquicán y más ensaladas y yo pienso cómo mierda voy a poder saltar luego de comer tanto, pero la procesión será como a las cuatro y media y es recién la una y media, tienen que almorzar todos los otros bailes aún y el calor es tremendo, en tres horas habré bajado esta inmensa guata y todo comenzará de nuevo, seguro que mi presión ya se habrá normalizado y vendrá todo ese horrible proceso de ajuste nuevamente, en fin, *ahora sí te quiero ver*, me dice Armando, *ahora en la procesión si que hay que ser diablo, ahí vienen las agachás y las mudanzas y es hasta abajo sin parar y luego pa' arriba, toma, toma más vino pa' que tengai juerza y ánimo*.

¡Por Dios que ganzeaba bonito su flauta, amigo rubio!, me dice Alberto, un *chino* viejo que estaba al lado mío en la fila, *¡pucha que salió diablo este chino, si le sonaba muy rebien la flauta!* Los comentarios entre charquicán y vino y ya los *chinos* mirándome con cara de que lo estoy haciendo de lo más bien, y *pucha el chino santiaguino ah, resultó bueno pero vamos a ver ahora en la procesión que ahí es donde se ven los gallos*.

Dejarle el puesto en la mesa a otro baile y descansar un rato mientras otros almuerzan, he cumplido la mitad del día pero ahora viene lo bueno, el asunto es salir tocando desde aquí hasta un altar que hay casi llegando al camino que une Olmué y Limache, tocar y saludar ahí a las imágenes y volverse tocando hasta la gruta y ahí seguir tocando.

Ya han almorzado todos los bailes y comienza la procesión, nosotros, como baile dueño de casa, vamos tocando hasta la gruta a buscar las imágenes, ahí algunas personas sacan en andas al Cristo pobre y a la Virgen y se instalan delante de nosotros y ya comenzamos a bajar, siempre tocando. Deben ser como las cuatro de la tarde y hace un calor endemoniado, la corriente ha comenzado y estoy totalmente fuera de regulación,

pero ya sé que en algún momento tendrá que pasar, atrás de nuestro baile viene uno de danzantes y atrás los *chinos* de Pachacamita y atrás de ellos quizás quién, hay ocho bailes en total pero yo sólo escucho lo que nosotros tocamos, vamos bajando por el pueblo y la corriente no cede, es horrible pero ya estoy medio acostumbrado a ella, toda la atención está puesta en aprender los diferentes pasos del baile, imposible cerrar los ojos y dejarse llevar por el sonido porque hay que estar atento al baile que cambia a cada momento, estoy totalmente mojado, el sudor entra a chorros por mis ojos y cae por el cuerpo como una lluvia, la camisa pegada al cuerpo, las piernas pegadas a los pantalones, subir y bajar, bajar y subir, tocar, tocar y tocar, finalmente pasa la corriente y todo es tocar y escuchar y estar metido en esta cosa increíble que es una fiesta de *chinos*, finalmente estar adentro y no mirando, ser un *chino* es una de las cosas más impresionantes que he hecho en mi vida, nada que pensar, no hay pensamientos mientras toco y bailo y escucho esta flauta catarra que sopla el *chino* que baila a mi lado y que suena exquisitamente, la vida y la muerte en un *baile chino*, el sol es tremendo pero da lo mismo, el calor es inmenso pero da lo mismo, todo es bailar y mirar al tamborero y seguir sus pasos y tocar, tocar inmerso en ese sonido apocalíptico que me traspasa y me lleva y me levanta y me agacha. La corriente nuevamente viene y se va, pero finalmente me deja.

Recorrer el pueblo mientras la gente nos rodea y nos sigue pero no veo a nadie porque todo es tocar y flotar en este espacio tan diferente al cotidiano, tan lleno de colores y de almas que suenan en cada flauta, alguien desde una casa nos tira agua con una manguera y siento ese contacto frío en el cuerpo ardiente mientras sigo chineando y he aprendido los pasos y comienzo sólo a gozar del sonido. Llegamos al altar y tocamos tan fuerte frente a él haciendo todo tipo de mudanzas y acelerando el ritmo, tocando mucho más rápido para luego hacer un *ralenti* y volver a acelerar mientras los pasos son cada vez más difíciles y rápidos y más abajo hasta que finalmente comienza a cantar el alférez y nosotros hacemos el coro. Quedarse ahí un buen rato cantando hasta que el alférez dobla su bandera y pasamos atrás del altar donde nos espera un cajón de cervezas que alguien ha regalado a nuestro baile y tomarse unas cuantas mientras conversamos y comentamos y los *chinos* están felices conmigo porque he tocado sin parar y mientras algunos han desertado yo sigo vivo y coliendo con mi gorro y mi flauta, y sobre todo feliz, sintiendo una emoción gigantesca que me

sacude el cansancio y el calor porque el cansancio y el calor no son nada al lado de ser un *chino* de Cai Cai y estoy seguro que conseguiré pasar la prueba sin problemas y bailar hasta que haya que bailar.

Los *chinos* de otros bailes me saludan y me dicen que mi flauta suena requete bien y me miran con complicidad mientras otros bailes saludan al Cristo y a la Virgen y nosotros aquí tomando cervezas y conversando felices. Termina el último baile y es hora de volver a la gruta. Nos formamos y ahí vamos nuevamente, voy cuarto en la fila, al lado del bombo que resuena en mi cuerpo, cada vez que toca mi cuerpo vibra, la corriente es asunto del pasado, he aprendido los pasos y toco despreocupado, dejando el alma en cada sonido, tirando todo el cuerpo en cada soplo, sacudiendo toda la energía que hay en mí en cada soplo. Durante toda la procesión no he fallado ningún sonido, el cansancio no existe, de a ratos dejamos de avanzar y las mudanzas se suceden rápidas y se acelera el pulso de las flautas y luego es seguir avanzando, siempre arriba y abajo.

Estoy feliz, evidentemente las palabras para describir escasean y son absurdas pero siento una emoción que crece en cada flautazo, es imposible cerrar los ojos y dejarse llevar porque hay que estar atento al baile y eso me ancla, sé que si cierro los ojos y me hundo sólo en el sonido saldría disparado inmediatamente pero el asunto es bailar y bajar y subir junto a ellos, tocar y sentir esta sensación deliciosa que me traspasa, ser un *chino*, estar en una fiesta de *chinos* bailando con esta flauta pegada a mi boca y a mi sangre, sintiendo algo enorme que me lleva y me trae y me saca.

A unos cincuenta metros de la gruta –cuando estamos tocando cada vez más intensamente– comienza a dolerme el costado del estómago, el bazo o algo así, como cuando chico corrías demasiado y no dabas más, el asunto duele y duele y va en aumento, me falta el aire mientras subimos la escalera que nos lleva a la gruta pero no dejo de tocar, sé que ahora –frente a la Virgen– viene lo más intenso de todo, tocar hasta reventarse con esos acelerandos y mudanzas rápidas. El dolor del costado es muy intenso y me digo ya, Claudivarius, has llegado hasta aquí y no vas a abandonar ahora, justo ahora, el dolor no existe, todo es una flauta y un baile, nada más, nada más existe, y el dolor desaparece completamente, una vez más la mente regulándolo todo y ya estamos frente a la Virgen tocando tan fuerte y rápido,

el último esfuerzo, el último tramo y ya, tocar como si el mundo estuviera reventando, hacer un *ralenti* y comenzar nuevamente a una velocidad que apenas da tiempo para respirar, pegados al suelo saltando de pierna en pierna hasta que comienza a cantar el alférez y nosotros –flauta apoyada sobre el pie derecho– nos inclinamos haciendo el coro.

Ya todo acaba, Armando se me acerca, me da la mano y un abrazo y me dice, *te felicito, Claudio, te pasate, yo no creí que ibai a poder hacerlo, te felicito*, y yo feliz con mi tenida de *chino* sabiendo que lo hice, que ya soy *chino*. Otros *chinos* se me acercan y me felicitan, luego las conversaciones entre ellos, *pucha el chino pa' bueno que agarramos, puta que sonaba linda su flauta oiga amigo rubio, mire con el chino santiaguino ah*, y así felicitaciones van y vienen y ahora me toca el turno a mí y molesto a Armando diciéndole que encontré muy corta la procesión, que pa' un asunto tan fácil me metió tanto susto. Nos sentamos a comer, deben ser como las diez de la noche y Armando insiste en hacer saludes por el nuevo *chino* y me invita a bailar para el Niño Dios de Las Palmas, el 24 de diciembre en la noche y acepto con todo gusto, acaba de terminar esta fiesta y ya tengo unas ganas locas de tocar y bailar nuevamente, es algo que tira de las venas, le encuentro tanto sentido a lo que me han dicho algunos *chinos* antes, que una vez que se es *chino* ya no se puede dejar, que hay una necesidad de salir nuevamente y saltar y darlo todo por una flauta.

Ahora me baja el cansancio, el relajamiento y el sueño pero no siento dolor en ningún músculo, la luna aparece entre las ramas del techo de la ramada, otro vaso de vino cayendo al medio de esta felicidad tan grande que está sentada sobre mí. Siento las flautas sonando en mi cerebro, miro a la Javiera y le sonrío con una flauta en cada ojo, con una alegría total sobre el rostro, algo tan raro que me traspasa y me tira, una emoción enorme que me une a Armando y al Lalo y a Alberto y a Carlos y a todos los *chinos*, a todos los que alguna vez han chineado y saben lo que es y lo que se siente al tocar y saltar durante horas, y con ese puente inmenso en los labios me despido y vuelvo a Santiago, a la rutina diaria, a la vida que sigue imperturbable pero tan distinta, tan distinta...

EL INMENSO PUENTE AL UNIVERSO

Si lo nuestro no es música, es sonido no más, las flautas hacen sonido pero no música, eso creo yo, es un sonido que uno hace con las flautas para despertar el espíritu de Dios y el de uno, es un sonido como para embolinar con él pero no es música, no ve que nosotros no sabemos na' de eso de do, re, si...

La vida sacude sus labios sobre mí, giro sentado sin poder escribir con esto inmenso adentro que me quema y me deja con la mirada fija hacia el infinito, una vez más las mandíbulas apretadas y la pupila clavada al aire, al espacio que se va quebrando en redes, en fibras que lo unen todo, que salen de todo y de nada porque todo y nada es lo mismo, el sol va dejando esa sensación tan agradable en mi cuerpo, una vez más todo ha comenzado, los tomates crecen y se acercan al cielo y a la tierra al mismo tiempo, los pájaros, siempre los pájaros.

Estoy en ese momento crucial en que todo está por verse, en que los signos y los puentes se abren y se cierran en interminables giros, en aullidos y besos que me lanzan contra todo y contra nada, inmenso agujero de luz y oscuridad que se cierne sobre mí, que parte desde mí, que nace desde mí y se desliza en las fibras que unen el tiempo y el espacio, este tiempo, todos los tiempos, todos los espacios, el infinito entero rodando hacia todas partes al mismo tiempo y yo dentro de él; yo, él, nosotros, ustedes, ellos, todos girando sin saber cómo, sin saber por qué, sin saber hacia dónde, sin saber por qué pero girando igual, girando sin darse cuenta en el torbellino de piernas y montañas que se eleva cada veinte metros y se hunde cada cinco; la vida, la infatigable vida de todos quienes corremos y entramos y salimos y comemos y devoramos un pedazo de algo, un pedazo de nada, un mísero y gigantesco pedazo de la nada para seguir viviendo, para seguir dando vueltas sin saber cómo, sin saber cuándo pero dando vueltas, dando vueltas, parado en ese momento en que todo puede ser más grande o más abismo, parado en este inevitable encuentro con el universo nuevamente porque desde la chineada de Cai Cai mi mente se va abriendo en múltiples espasmos, en un tejido inmenso que se posa sobre Santiago y sale desde el fondo de mis ojos hasta la torre Entel,

atravesando la plaza de armas, subiendo por Larraín, el inmenso tejido de fibras plateadas que conecta todo el universo.

Me quedo y recorro el tiempo, intento encontrar nuevamente el camino que he abandonado durante tanto tiempo, refundamos el baile *chino* de Quebrada Alvarado, en las cercanías de Olmué; ensayamos y tocamos hasta que esa corriente espantosa comienza a traspasarme como una gran máquina de moler carne, como dentro de un transformador gigantesco que me sacude y me hace girar en círculos, inmenso centro de energía sin ninguna salida.

La corriente me atraviesa, no consigo dominarla y debo salirme del baile por un rato, esa tensión, esa horrible sensación que me sobrepasa totalmente, lo mismo que aquella vez en El Manzano, el mismo zumbido en mi cerebro, en mis ojos, en mis labios, ese hormigueo gigantesco que recorre el cuerpo. Encontrar el modo de vencer esta corriente, de hacerla salir del cuerpo de alguna manera, de hacerla positiva, de usarla como puente al universo y no al infierno.

Me preocupo, estoy nervioso, sé que debo bailar para el bautizo del baile de Quebrada Alvarado y a la noche siguiente para la fiesta del Niño Dios de Las Palmas y eso me para los pelos, sé que la corriente me aguarda, me acecha como un gran bicho, como un monstruo feroz que se agazapa para clavarse en mí, para enterrar sus horribles garras en mi mente y hacerla pedazos. Me preparo, hago cantos, medito intentando recuperar algo del camino perdido, tanto tiempo sin entrar al otro lado, sin sentir eso inmenso que me movió tanto tiempo; intentar recuperarlo, que la tierra me ayude en esta inmensa batalla. Meditando tengo la certeza de que es una prueba más que debo vencer; estoy como hace un año en El Manzano, sintiendo esa inmensa marea y es sólo tener el valor suficiente para transformarla, para dominar el terror, para dominar el horror y enfrentarse claro y pleno, buscar la unidad y lanzarse en picada a través de esa corriente, atravesarla y llegar al otro lado, a ese lado inmenso en que nada existe, en que el universo es uno y todo al mismo tiempo.

Estoy mareado, no me siento bien desde hace días, siento esa náusea, ese desgano infinito, ese cansancio que se arrastra en mis ojos, en mis brazos, en mis piernas marchitas. Exceso de trabajo tal vez, corro de un lado a otro haciendo mil cosas con

esta tensión en mis labios, comienzo a sentirme enfermo pero decido ponerle atajo y canto y medito intentando hacer algo, pedir ayuda, qué sé yo, poco a poco voy mejorando, preparándome físicamente para las chineadas que me esperan, sé que el encuentro es imposterable.

Llego a El Tebal y armamos el baile; poleras amarillas, terciados verdes, faja roja, pantalones azules, zapatillas negras con cordones rojos, flauta amarilla y verde con cintas tricolores a los lados, gorros de gasa y guirnaldas, Daniel Ponce en el tambor y nos largamos a la iglesia de Quebrada Alvarado a bautizar a nuestro nuevo baile.

Llegamos a la iglesia y hay bastante gente esperándonos, formamos en la calle y comenzamos a chinear hacia la iglesia, cuando vamos entrando se produce ese cambio increíble en la acústica y las flautas comienzan a sonar tan fuerte, rebotando en todas las paredes. El sonido se multiplica, se expande, se retuerce recorriendo el espacio; entra por mis ojos y sale por mis pies y ahí la corriente comienza a sacudirme, va subiendo desde las piernas porque aún no hemos comenzado a bailar, caminamos entrando a la iglesia mientras tocamos y ese cambio acústico elevándose completamente. Al fin estoy en el interior de una iglesia y es maravilloso ese flotar en las esquinas, ese pasearse entre los santos y la Virgen con esta música que sale desde el centro de mi alma y se expande y se pega a todas las tablas de este suelo, a todas las baldosas de este suelo que gira y hace dibujos en mis pupilas cerradas y llenas de aire, llenas de sonidos y de imágenes superpuestas, la corriente comienza a subir y se pega al estómago, al tórax, a los brazos, a la cabeza; Cristo y la Virgen nos miran desde las paredes, los ángeles mueven sus alas cada vez que soplo, el altar es un espacio invertido hacia el cielo, la corriente me sacude y no consigo arrancarla de mí, el sonido es increíble, una gran masa sonora que atraviesa todo lo que encuentra y lo hace girar ante mis labios, comienza a cantar el alférez y la corriente me arrasa completamente, durante el tiempo que dura la primera cuarteta del alférez la intensidad de la corriente sube en forma espantosa pero cuando hago el primer coro comienza a desaparecer. Cantar con toda el alma, arrojar por ahí esa sobredosis de energía que me traspasa y al segundo coro se ha pasado y sólo gozo del sonido, de estar aquí dentro tocando tan fuerte sobre los dibujos simétricos del piso, esta felicidad inmensa de ser un *chino* y

tocar, tocar hasta que se acabe el mundo mientras algo se produce entre la noche y mis pupilas y la Virgen es más hermosa que nunca, más verdadera que nunca.

Yo le converso y usted' me comprende porque a usted' le ha pasado y lo ha vivido; uno con esta cuestión de los chinos llega un momento que a veces no se da ni cuenta de lo que está haciendo, se emociona, ¿no le ha pasado a usted' que se emociona? Que de repente como que le dan ganas hasta de llorar, más que vaya saltando como que le da algo, como una inspiración inmensa, no sé, algo raro que le pasa a uno, pero es bueno, yo le voy a decir por qué, porque cuando uno llora, según yo, dentro de la danza de Cristo, cuando está chineando, él está viviendo en uno.

Eso es algo innato que Dios me da, Dios recae en mí en ese momento, porque a veces no llevo ni pensado lo que voy a cantar, salgo como el Señor quiere que vaya, y lo canto como que yo lo viví, por eso que me emociono y a veces la gente dice ¡ah que canta lindo! y no, si no es que cante lindo sino que el Señor me toma como instrumento a mí y me hace meterme en la vida de él o en la vida de la Virgen o en la vida del profeta que estoy cantando, como que hubiera estado ahí, yo me imagino adentro del canto.

San Pedro venía saliendo de Roma, arrancando de Nerón que lo sentenció, y vió al Maestro que iba pa' adentro, y yo me imagino esa puerta vieja que debe haber habido en Roma, se me imagina unas piedras paradas con una redondela arriba, una calle polvorienta, entre piedras, me imagino a Cristo con una ropa vieja, unas chalalas viejas, hombre de mucha humildad, y me imagino a Pedro casi en las mismas condiciones, y entonces Pedro en vez de seguir avanzando se devuelve atrás del Señor y el Señor no va pa' allá, sino que fue visión que tuvo porque era la hora de su muerte. Se devuelve Pedro, entra y ahí en la puerta vienen los guardias y lo pescan, se lo llevan preso y ahí lo llevan a una cárcel que se llamaba Marmentí. Todas esas cosas me las imagino.

Igual cuando canto la vida de Cristo me imagino cómo habrá ido ese hombre entre la multitud, entonces me imagino que también estoy ahí entre la gente, alabándolo, eso es lo que me

llega al corazón, me llega a la mente, y entonces me digo ¡puta, por qué mataron a un hombre que fue tan bueno, por qué levantarle tanta calumnia a un hombre que no hizo nada! Entonces usted' va entre la pena y el canto, usted' mezcla concentradamente la pena y el canto, usted' deja caer el canto y el mensaje con la pena, pa' que la gente lo sienta.

La otra vez cuando canté la historia de Pedro, la muerte de San Pedro, lloraba ese hombre, el amigo Naldo Vega lloraba como cabro chico, estaba cantando la historia de San Pedro y él lloraba, se emocionaba porque a él le pasa igual que a mí, como que lo toma el espíritu de Dios cuando va a cantar, como que se entra mucho, porque cuando voy a cantar imagino en mi mente que estoy ahí, dentro, imagino cómo fue el momento que estuvo el Señor con los profetas, cómo amaron, cómo anduvieron con él. La confianza, la fe, la seguridad que tenían de andar con el Maestro, entonces cuando voy a cantar me adentro en eso, me imagino, me traslado desde donde estoy cantando a la tierra donde él anduvo y me asemejo como que ando con el Maestro, entonces ahí viene el espíritu –que a veces no se ha dado cuenta que estoy cantando y me da como por llorar– pero no lloro porque tengo pena, lloro de gusto y de alegría porque me transporto allá, a la vida de Cristo, entonces como dicen los evangélicos, me toma el espíritu y me emociono y lloro cantando.

La gente dice “ah, que canta lindo este gallo”, no, si no es eso, es el Señor que le pone a uno las cosas pa' que por la boca de uno le salgan, se las pone en el corazón y después el corazón le dice a la boca; lárgala pa' acá, larga ese viento que tenís ahí, y cae igual como los granos de mostaza que sembró el Señor; lo que cae en piedra no va a dar, lo que cae en arena viene el viento y se lo lleva y se seca, pero lo que cae en tierra buena brota y da fruto.

Así es la cosa, yo me transporto a la era.

Sabe que una vez me encontré con el Señor allá en Israel, me dirá que estoy loco, también se lo voy a conversar; me encontré con el Señor, cuando iba entrando en Israel, montado en un asnillo, y yo le hacía con un pañuelo porque no tenía ni una rama, todos estaban con una rama, no sé qué ramas eran pero todos estaban con una rama de un árbol, yo miré pa' todos lados y no encontré ni una rama, me eché la mano al bolsillo y

encontré un pañuelo, y con el pañuelo me acuerdo que le hacía hossana el hijo de David, hossana el hijo de David.

Eso era soñando, como le digo, transportado al éxtasis, como le llaman, éxtasis, y me encontré allá diciendo esas palabras que ni siquiera sabía que significaban, ¿que significaría eso: hossana el hijo de David?

Una vez leyendo la Biblia llegué a esa parte, estaba escrito en la Biblia, “bendito el que viene en nombre del Señor”, eso significaba, y me lo encontré en una historia sagrada, ¿qué me dice usted? Antes de haber leído esa historia vine a encontrar a nuestro Señor, pero transportado allá, con tanta gente, sin saber lo que gritaban los otros, lo único que sé es que yo le gritaba hossana el hijo de David.

Si a mí me han pasado cosas muy grandes, por eso que canto con esa emoción tan grande, si todo lo que yo canto es porque me ha pasado, porque lo he vivido, yo canto las vivencias que el Señor me ha hecho pasar, y salen bonitas.

Subo con Pablo y Lucho a Palmas de Alvarado a filmar los preparativos de la fiesta; hablamos con doña Palmira y don Luis Roco, cuidadores de la iglesia y descendientes de los dueños de la imagen del Niño Dios, conversación amable y esclarecedora que nos va metiendo de a poco en el mundo del Niño de Las Palmas, sentados bajo la ramada del patio nos dejamos llevar por el calor y la cháchara tan cálida.

Le cuento a don Luis –que fue *chino* durante muchos años– sobre la corriente que me da cuando chineo, le pido consejo de *chino* nuevo a *chino* viejo, y me dice que sí, que a él también le pasaba a veces, que le chirriaban los oídos y la cabeza le daba vueltas, entonces hay que salirse un rato y ahí se pasa y después se vuelve a la fila, *el ejercicio será, pue’*.

Se va acercando la hora y un ligero nervio va subiendo por mis piernas, vemos cómo cambian la ropa del Niño Dios y la preparación de la iglesia y de las andas, el sol se mueve tan rápido hacia el poniente. Bajo a El Tebal, donde hemos quedado de encontrarnos con los *chinos* para subir juntos a Las Palmas, mi nerviosismo ya ha crecido bastante y se nota en el ambiente una

agitación general. José Ponce me dice que está muy nervioso, le duele la guata, le tiritan las piernas, *¿qué será ah?, no sé, pucha, el diablo será, pero hay que ganarle al diablo*, dice el Bombero, que también está nervioso, hay varios que salen por primera vez en un baile y se nota.

Nos vamos reuniendo hasta que ya estamos todos y es hora de partir, son aproximadamente las 20.30, me voy con don Ignacio y cinco *chinos* chicos en el auto, le pido consejo a don Ignacio sobre la corriente y me dice que es la presión y que tengo que chupar limón, *el limón es muy re’ bueno pa’ la presión, usted se lo lleva en el bolsillo y ahí cuando le viene la cuestión lo chupa y se le va a pasar, es la presión que cambia con el ejercicio, pero el limón es muy re’ bueno, ahí yo le di a la ñora unos limones pa’ que trajera así que le paso uno y con eso va a estar bien.*

Subimos por ese camino de tierra hacia Las Palmas mientras los peregrinos suben caminando con mochilas y frazadas, ese nerviosismo en los ojos, en los brazos, en la guata, en todos los dedos, saber que una vez arriba el asunto está largado y todo será chinear y chinear, suceda lo que suceda.

Llegar arriba, formar las dos filas y comenzar a tocar. Recorremos la calle de arriba de la iglesia y bajamos hacia el patio exterior mientras una corriente horrorosa me sacude, me traspasa, me eleva, me arrastra pero yo ahí firme, tocando con toda el alma porque todo es esta flauta y este baile y Daniel Ponce en el medio tocando el tambor y yo con mi polera amarilla, mis terciados verdes y rojos y mi hermoso gorro saltando y rasgando estrellas y árboles y lo que se ponga cerca con ese sonido alucinante que sale de las flautas y se convierte en rezo, en plegaria al mundo entero, al universo entero porque mientras toco me voy sacudiendo los ojos de tanta mugre urbana y voy entrando en puentes, en carreteras olvidadas, en espasmos subterráneos que desvían ese flujo inmenso de energía y lo van haciendo más agradable, más horriblemente agradable y estamos frente a la iglesia tocando mientras el baile de Las Palmas está adentro saludando al Niño Dios y dejamos de tocar y debemos esperar el turno para entrar y cuando paramos me viene la corriente con tanta fuerza, con tanta fuerza traspasándose y ahí empleo todo mi valor, todo lo aprendido durante años, toda la fuerza que consigo reunir y la combato y la voy haciendo desaparecer, lentamente, tan lentamente pero ganán-

dole al fin, haciéndola huír de mi cuerpo, de mi sangre que ya explota, que ya sale por los oídos y los ojos y los dedos pero ya cede y se va haciendo soportable, ese hormigueo gigantesco en el cuerpo se disipa en la noche y ahí llega don Ignacio y me trae un limón y comienzo a chuparlo y ya va desapareciendo totalmente mientras el baile de Las Palmas sale de la iglesia y debemos saludarlo para que nos deje entrar y ahí vamos de nuevo tocando, los dos bailes frente a frente haciendo un sonido delicioso hasta que los alféreces comienzan a saludarse y nosotros haciendo el coro y ahí la corriente saliendo a raudales a través de mi voz hasta que don Carlos, el alférez de Las Palmas, nos da la pasada y entramos a la iglesia y ese cambio increíble de sonido mientras vas entrando y tocando con los ojos, con los dientes, con las pestañas y te acercas al Niño Dios que hoy está de cumpleaños y te mira desde su vestido blanco y la Virgen me guiña un ojo y me dice dale no más, no te preocupes, y yo bailo y sudo y toco con una alegría inmensa, siendo un pedazo del sonido que cubre toda la iglesia, un pedazo de esta flauta que se inclina y salta para que los ángeles sueñen y se sienten en el gorro del alférez que ha comenzado a cantar y ahí nosotros haciendo ese coro tan sentido, tan desde adentro, subiendo por el altar y entrando a los oídos del Niño Dios. El techo de la iglesia se curva y se abre sobre mí, el suelo se inclina, las paredes respiran, se agrandan se alejan se acercan en cada soplo. De mi flauta nacen flores, luces, libros, vírgenes, ángeles, cristos sin heridas, cruces sin sangre que pasan volando hacia el altar y se instalan a escucharnos, a mirarnos sonrientes mientras subimos y bajamos y nos retiramos lentamente de la iglesia, siempre mirando hacia el altar, retrocediendo hasta salir y llegar a la noche y a las fogatas que pueblan la noche.

Saludarse entonces, enfrentarse a los otros bailes de El Granizo y El Carmelo y tocar, tocar con esa emoción que cubre los labios y me hace girar en 400 grados hacia todas direcciones al mismo tiempo, una hormiga más en esta inmensa noche, un sonido más de este inmenso sonido que sale de los cerros, de los vendedores, de los niños, de los bombos, de las flautas, de los pasos, del sudor que teje una sombra hacia la noche y la dobla en mis ojos; tocar, sólo tocar.

El baile de Quebrada Alvarado saluda nuevamente después de 31 años de receso; por mi mente pasan horas, vidas, años, pasan vivos y muertos, claros y oscuros, círculos y triángulos, por mi mente desfila el universo entero mientras toco y toco esta flauta y el

sonido es una gran red, una gigantesca tela de araña que sacude al mundo y todo es gozar de este increíble esfuerzo, de este tocar y cantar sin medida, de este sonido que me toma y me envuelve mostrándome el otro lado del mundo, *cómo está mi buen alférez, que alegría me da verlo, aquí le estoy cantando y muy feliz y contento*, y nosotros atrás repitiendo los dos últimos versos y así hasta que casi dan las doce de la noche y comienza la misa que hace el cura Pedro, el mismo que cuando era niño me preparó para hacer la primera comunión, el mismo que me entregó esa ostia mientras yo temblaba y las lágrimas caían por mis ojos porque era todo tan raro y tenía tanto susto de lo que iría a pasar, porque qué diablos pasaría luego que me comiera la carne de Cristo, y era la noche de Pascua, una noche igual a esta y era la misa del gallo y la iglesia de Quilpué llena hasta el último rincón y esa atmósfera de recogimiento en todos y mientras caminaba hacia la iglesia y pasábamos frente a La Bombonera recuerdo al tío Enzo diciéndome que era tan importante el paso que estaba dando y que estaba muy orgulloso de mí y yo con un nudo gigantesco en la garganta y sin saber qué decir ni qué hacer y ya estaba sentado en el primer banco de la iglesia, frente al cura y al altar escuchando el sermón y sabiendo que el momento se acerca y ya están los otros niños en la fila para recibir la ostia y veo con ojos aterrorizados que el cura les dice algo mientras les da la ostia y ellos responden algo que no alcanzo a escuchar y me invade la incertidumbre más atroz porque a mí nadie me había dicho qué debía responder a las palabras del cura y tal vez todo se fuera a las pailas porque me quedaría mudo y quizás Cristo no entrara en mí y así las lágrimas atoradas en la garganta mientras me acerco al cura y me dice esta es la carne de Cristo o algo así y yo petrificado ante su rostro atino a decir “sí, padre”, y me vuelvo a mi asiento con esa masa pegada al paladar y el corazón latiendo endemoniadamente pero sin sentir nada tan especial, sin sentir ningún cambio evidente que pudiera hacerme pensar que soy otro, que Cristo está en mí y que he comido su cuerpo y no estoy seguro si esto será todo o si en realidad nada funcionó porque no dije las palabras correctas, y ahora aquí, veinte años después en la misma fecha a la misma hora en la misma celebración, pero tan diferente, todo tan cambiado, algunos actores se repiten, nada más.

La noche me traspasa y me lleva tan atrás y vuelo de esta iglesia a la de Quilpué y a esa otra en la que se ha velado a mi padre y aquella en que se ha velado a mi abuelo y en realidad las iglesias siempre han tenido esa carga nefasta para mí, el lugar al que llevas a los muertos queridos, a las personas que ya no

podrás ver, que ya no podrás, y sin embargo hoy aquí en esta iglesia de Las Palmas entregando mi alma completamente en una danza feroz y tocando y cantando como siempre quise hacerlo, reventar mis labios en este sonido, en esta armonía abierta que me lleva y me sube a las palmeras de la entrada de la iglesia y desde allí al campanario y bajo por las paredes y me siento al lado del Niño Dios y sigo, sigo viajando en una felicidad completa, recorriendo la iglesia, las velas, los fieles que entran de rodillas y sostienen estampas del Niño Dios. Entro a la sacristía y salgo por la puerta que da al poniente, a la noche que se abre completamente sobre nosotros y nos hunde en cerros y vientos subterráneos, sigo, atravieso huellas y ojos, peumos, litros, caminos, ríos, y vuelvo al lado de los *chinos* que ya comienzan a comer un exquisito pollo con arroz y porotos verdes preparado por la señora de don Ignacio, al lado de la iglesia en un fogón de leña y ollas grandes y negras. Comer y conversar con Daniel y los *chinos* sobre la fiesta y nuestro baile y estamos todos felices porque está resultando de lo más bien y hemos conseguido echar a andar el baile y se ha producido algo entre Daniel y yo y nos miramos y reímos como cabros chicos porque el sueño se ha cumplido y hace 25 años que Daniel intentaba sacar el baile nuevamente y finalmente lo hemos hecho y tomamos un vinito para tener fuerzas para la procesión que comienza cuando acabe la misa.

Ponerse a saltar atrás de la Virgen y subir ese cerro parado y carcomido por la erosión pero da lo mismo porque vas saltando y chineando y te caes a una zanja pero no importa porque los tobillos están tan calientes que aguantan cualquier cosa y todo es seguir subiendo el cerro y tocando con el Chopo frente a mí, haciendo pareja y soplando hasta romper los árboles y el humo de las fogatas que llega mientras tocas y tocas y avanzas entre diversos aromas, entre humos de peumo, quillayes y quizás cuántas leñas que se van pegando a mis labios mientras soplo y soplo y subo y bajo subiendo la ladera y la noche y el cerro El Roble frente a mí y yo detrás de la Virgen y del Niño Dios en este 24 de diciembre y todos los que quiero en sus casas cenando porque hoy es Navidad y todo el mundo se reúne mientras yo aquí chineando, haciendo un acto de entrega total al universo, a todos los dioses, a todas las vidas.

El sudor se enreda en las huellas, el frío cuelga de tanta estrella refrescando nuestros cuerpos, la luna creciente nos mira; llegar arriba y quedarme tan quieto, los ojos fijos en la noche escu-

chando al baile de Las Palmas que suena tan bien y que me va llevando por túneles que se pierden en años y noches, en mares y huecos que vienen y van, que se mueven en mis labios y se hunden y me dejo llevar y voy entrando al otro lado y en el otro lado el mundo, el universo entero palpitando, respirando, fluyendo, y yo en él, en una armonía inmensa, siendo parte de él, parado en mi fila de baile *chino* esperando que el baile de Las Palmas acabe su tocata para tocar nosotros, parado en mi puesto en el baile y viajando por el universo tan dulcemente hasta que mi vecino me pega un codazo y riéndose me dice, *pucha que estai pensativo*, y ahí me doy cuenta que hay varios *chinos* pendientes de mí, comentando alegremente mi actitud; rostro inmóvil, vista fija en la noche, cuerpo rígido.

Me doy cuenta que después de haber tocado interminablemente las flautas, en el momento de parar, es fundamental concentrarse y escuchar a otro baile porque ahí se produce el viaje al otro mundo; mientras chineas pasan otras cosas; estás pendiente del sonido, del baile, de tocar tu flauta hasta romper el aire, de seguir los pasos y subir y bajar, de la corriente que te traspasa, estás tan pendiente de sonar más y más fuerte haciendo fluir toda la energía por el cuerpo mientras se abren miles de puertas que son fundamentales, que te dejan justo al borde del universo y entonces luego, cuando paras y escuchas atentamente al baile que está tocando al lado tuyo, cuando toda la energía se concentra en la mente porque ya no estás haciendo ningún esfuerzo físico, ahí se produce el salto, ahí es cuando se abren todos los pestillos, cuando saltan todos los candados y ya estás al otro lado.

Nos toca el turno nuevamente y todo es tocar y tocar en esta inmensa noche y luego el baile de El Granizo y de El Carmelo mientras los cerros nos miran y se elevan y se extienden perpendiculares al cielo y a los fogones que hacen huecos en la noche y la llenan de ojos; bajar el cerro en procesión en medio del gran tumulto que producen todos los bailes tocando al mismo tiempo y en el patio de la iglesia tocar en una forma demencial y todo el baile se conecta tan bien, acelerando y ralentando tan parejos, inmenso océano de labios y sueños que hace temblar el suelo y el cielo se va quebrando y aparecen ángeles de las grietas y la corriente comienza a inundarme nuevamente mientras tocamos y bailamos a un ritmo frenético y la simetría del sonido es perfecta y ya toco a tres metros del suelo y somos una inmensa flauta dividida en veinte y la felicidad es completa y la emoción y el sentimiento que chorrea en

mis pupilas hace huecos en la vida y nos miramos y todos sabemos que ahora sí, que el asunto se armó de veras y que todo es perfecto.

El sonido, ese sonido lleno que cae y sube desde el aire y hacia el aire, estamos en la puerta de la iglesia mientras el baile de Las Palmas está adentro tocando y vamos entrando, traspasando el umbral de la iglesia tocando tan fuerte y Las Palmas adentro tocando, y ahora sí el sonido es celestial, ambos bailes sonando con toda el alma adentro de la iglesia, cada uno a su ritmo, creando un sonido indescriptible. Me despego completamente del suelo y floto en este flujo alucinante de sonidos que entrecochan y se expanden y se arriman y vuelven y somos unas cuarenta flautas sonando al mismo tiempo y dos bombos y dos tambores y el Niño Dios que nos mira sonriente, tan sobre nosotros, tan dentro de nosotros. El sonido es un gran abismo que se curva desde nuestros labios hacia el cielo, tocamos y tocamos y la corriente es feroz en mi cuerpo pero da lo mismo, es sólo una cosa más dentro de este gran océano en que me muevo y me hundo y salto y me cuelgo del techo y me suelto para seguir flotando, para seguir volando en este sonido alucinante, en este momento único en que estoy tocando en un baile *chino* dentro de una iglesia y al lado otro baile y el sonido de ambos bailes rebotando por todos los rincones de este mundo, por todos los rincones de esta mente que ha llegado al paraíso y mientras lo recorro una señora entra a la iglesia arrodillada, descalza, avanzando lentamente hacia el altar, pasando por entre las filas de *chinos* y mientras toco con el corazón al borde de los ojos ella pasa al frente mío, entre las filas de *chinos*, y sigue su camino hacia el Niño Dios y toco más fuerte aún porque la visión me produce un acantilado en los labios y todo da vueltas y gira interminablemente y ella llegando al Niño Dios y rezando con ese fervor que agranda las velas y luego ya es parar y comenzar a cantar nuevamente, comenzar la despedida y cantar con el Loncho, nuestro alférez, y luego con Abelino, alférez de Cai Cai que ha pedido prestado nuestro baile para cantarle a la imagen y así seguimos largo rato entre canto y canto retrocediendo hasta salir de la iglesia.

Son como las cuatro de la mañana y nos juntamos a descansar y a tomar un consomé y un vinito mientras comentamos la fiesta y todos concordamos en que el momento antes de entrar a la iglesia fue fantástico, ahí sí sonábamos bien y estábamos enchufados, hasta que Daniel le entregó el tambor a un cabro

nuevo y nos anduvimos perdiendo en el coro y nos desafinamos pero en fin, la noche ha estado preciosa y yo respiro hondo y feliz, me trago cinco estrellas mientras tomo una cerveza y converso con Ño Polo, con don Ignacio, con Dimitri, con José, con tantos *chinos* que descansan apoyados en la pared de la iglesia y de repente alguien dice aprovechemos ahora que no hay nadie tocando y vamos a chinear a la iglesia, y Abelino se entusiasma y nos van entrando esas ganas de tocar de nuevo y ya estamos todos formados frente a la iglesia y comenzamos con nuestra sonajera apocalíptica, deben ser como las cinco de la mañana y entramos nuevamente a la iglesia y tocar tanto rato y luego cantar un fundao por el nacimiento y retirarse para entrar nuevamente, y cuando estamos saliendo Abelino canta una cuarteta en que nos pide que toquemos nuevamente y vayamos al altar porque aún tiene mucho que cantar y ahí vamos soplando y cantando mientras esa luz difusa comienza a entrar por las puertas de la iglesia y se va pegando a los rostros cansados, taciturnos y llenos de vida de mis compañeros *chinos*, que siguen con la flauta pegada a las manos y el sol nos da en la cara y en los espejos de los gorros y el reflejo se pierde en el suelo, en los árboles, en el amanecer que ya se ha ido porque hemos tocado desde que estaba oscuro hasta que el sol alumbra y calienta sobre el cerro El Roble y otros bailes esperan que terminemos para entrar a tocar a la iglesia.

Ahí va el baile de El Granizo y hace sonar sus flautas de caña, la iglesia se llena de melodías fantasmas, de melodías que se forman a partir del choque de los sonidos y resbalan por la escalera del altar y cuando le toca el turno al baile de Las Palmas han desertado algunos *chinos* y Don Carlos nos pide que los reforcemos y ahí vamos Ño Polo y yo a ponernos en la fila y luego los otros *chinos* y formamos un gran baile mixto y entramos a la iglesia y el techo salta y probablemente caerá sobre nosotros pero da lo mismo, que muerte tan dulce mientras tocas y sueñas y flotas.

Estoy tercero en la fila, al lado de un *chino* palmino que toca como los dioses y hacemos una buena pareja, el sonido de nuestras flautas juntas es una gran masa y nos acercamos y tocamos bien juntos gozando de esta gran ola que sale de nuestros labios, el *chino* me mira feliz, es un *chino* viejo y veo la aprobación a mi sonido en sus ojos y ahí nos vamos saltando como locos porque estamos siguiendo al tamborero de el baile de Las Palmas que es requetebueno y nos hace saltar con una

energía feroz y las mudanzas se suceden en este inmenso sonido en que el cansancio no existe y no podría existir porque te olvidas completamente del cuerpo; el cuerpo es una máquina increíble que se mueve sola mientras tú eres el sonido y don Carlos comienza a cantar y dice algo así como que la gente se ha ido justo ahora que ha empezado lo mejor, y en realidad este baile mixto suena muchísimo mejor que los coros de ángeles del Paraíso y nos quedamos cantando largo rato hasta que salimos de la iglesia y tocamos en el patio y el cura Pedro lee unos salmos y bautiza a nuestro baile, nos bendice y ya estamos tocando nuevamente y salimos de la iglesia y todo acaba pero cómo no vamos a tocar más, toquemos otro poco y no alcanzamos a romper filas y ya estamos nuevamente, por puro gusto, por puras ganas de seguir tocando, de que esto nunca acabe y ahí estamos ambos bailes unidos y paseando por el patio de la iglesia y luego adentro y tocar hasta dejar en el aire el último suspiro, el último músculo, y cantar y despedirse hasta el próximo año del Niño Dios y salir y seguir tocando y finalmente parar, agotados, felices, terriblemente felices con el sol dándonos de lleno en las pupilas.

Son las nueve y algo de la mañana y damos por terminada nuestra tocata, el *chino* de Las Palmas que tocaba al lado mío me da la mano y me dice, *puta que es aperrao pa' tocar la flauta, amigo, puta que sonábamos bien*, “así es” le digo, “harto lindo sonábamos”, y ya nos despedimos de los amigos palminos.

Los restos de fogones y papeles cubren el piso, cargamos las cosas en la camioneta de Daniel y mis compañeros *chinos* suben a ella y se largan entre abrazos y miradas felices, hasta la próxima será. Me quedo arriba porque aún hay que guardar los equipos de filmación y bajaré en el auto con Pablo y Lucho, y mientras camino respirando tan hondo este sol doy las gracias a todo, a los cerros y a todo lo que existe por esta noche increíble, por esta maravillosa noche, por este encuentro total con todo el universo y ahora subirse al auto, encontrarse con la Negra y el José en Limache y partir a Andacollo, la vida es inmensa y hay que buscarla, sólo eso.

El sonido de las flautas es mágico, son sagradas las flautas. Cuando está tocando la flauta usted entra, cómo le dijera yo, como en un mareo, como que se mareara, pero es la música de

las flautas que lo marea, que lo anda trayendo como en el aire. Mientras más flautas siente, como que el cuerpo más firme se siente, mas fuerte, es una cosa especial eso que siente, es una cosa especial cuando lo siente. Porque usted mismo cuando va a la fiesta y siente sólo un baile, dice, ah, pero hay un sólo baile, ¡pero cuando hay hartos, como que se le levanta el espíritu! es una cosa muy linda lo que se siente cuando hay varios bailes, el zumbido.

Después le queda a uno el zumbido de la flauta varios días metido en la cabeza. Uno a veces está en la casa y parece que sintiera en cualquier parte que suena una flauta, a uno le parece que fuera una flauta que suena, es así, es como que se enviara, una cosa así, no sé cómo explicarla, es una cosa muy especial ésa, son cosas que la persona tiene que vivir y a veces no halla cómo explicarlas. Yo todo lo atribuyo a que uno se concentra tanto, que el espíritu divino le llega a uno, y ya no siente ninguna otra cosa y todo es delicioso dentro de la fiesta religiosa, todo es delicioso, la música que escucha de un baile la encuentra deliciosa. Y así se me imagina a mí que Cristo lo sentirá, o bien no, o bien serán imaginaciones de uno que cree que Cristo lo siente así pero yo estoy consciente de que uno lo hace con el mayor cariño y el mayor esfuerzo para que las flautas suenen melodiosas.

"CUANDO VAYA EN EL CAMINO, PUES CUBRELO CON TU MANTO"

Ese alférez canta bonito, ese alférez, ése sí. ¡Cómo me gustaría cantar con él, hacerle los coros! Cada vez que lo veo en una fiesta me acerco cuando canta y escucho, lo sigo, su melodía es tan bonita, tan lenta y alargada, tan desde adentro, canta con toda el alma, se nota que siente lo que hace, que está absolutamente metido en lo que hace, me hace pensar en las cosas que me pasan cuando toco, ese meterse tan adentro, tan adentro. Galdames se llama, dice el Agustín, parece que se llama Galdames, es re' jodío, a mí una vez en Puchuncaví cantando me dijo que por favor apagara la grabación, adentro de la iglesia estaba cantando y me vio que estaba grabando y me cantó que no lo grabara más, es re' jodío.

Yo lo sigo, lo escucho y me enamoro, estoy en la fiesta de San Pedro en Zapallar, es el primer San Pedro que voy, y voy con la filmadora en los ojos, el recorrido de la procesión es tan bueno con esos muros altos que la encierran por momentos y luego esa curva hacia el mar y el baile de Ventanas con Galdames a la cabeza mientras yo capto pedazos de realidad y los grabo para siempre, fragmentos, pedazos de hilos. De pronto Galdames se me acerca y me dice, *oiga amigo no grabe na', no grabé na' esta cuestión*, haciendo un gesto definitivo con las manos y yo le digo "sí, claro", bajo la cámara y dejo de filmar.

Pasa el tiempo y nos vemos en varias fiestas, pero ahora, después de un año, yo voy de *chino*, ahora soy *chino* del baile de Cai Cai o de Quebrada Alvarado, y cada vez que lo escucho cantar me repito "tengo que cantar con él, qué locura hacerle los coros a ese alférez, no hay comparación con los otros".

Pasa otro año y nos mantenemos distantes, yo siempre estoy atento para cuando él canta, lo sigo, lo escucho, me dejo llevar por su melodía, por la emoción con que arrastra cada palabra, y cada vez que lo escucho siento que tengo que cantar con él, que algún día tendré que cantar con él, que es inevitable.

Ya soy amigo de un montón de *chinos* de todas partes pero con Galdames –aparte de esa vez que me retó en Zapallar– no hemos cruzado palabra, sé que me ha visto chineando, no sé lo que piensa.

En la fiesta de la Cruz de Mayo en Cai Cai del 94, luego de haber chineado la mitad de la procesión, me acerco a él y nos ponemos a conversar y se ve que nos caemos bien y comienza a contarme algunas cosas; que se traslada a los lugares y épocas cuando canta, que ha tenido visiones, que canta desde tan adentro. Yo algo le alcanzo a contar de las cosas que me pasan cuando chineo pero ya hay que seguir con la procesión y quedamos en que lo iré a ver a su casa, *claro pue'*, *vaya no más y allá conversamos*.

Algún día me decido, tomo el patito feo recién comprado y parto a Ventanas, día de sol, pescadores en la playa, el mar al fondo, los botes, la arena. Pregunto dónde vive el alférez y mientras camino hacia donde me han indicado me encuentro con él, ¿será él o no? Sí, parece que sí, me acerco por detrás de la camioneta y lo saludo, él me mira extrañado y de repente me reconoce, *hola amigo, como está*. Pasamos a su casa, a ese patio de cemento y el pozo y la mesa y el árbol y el fogón con la tetera puesta y la señora nos sirve té y panes y pescado y ahí se larga a hablar y yo a escuchar fascinado todo lo que este hombre tiene para contar y sintiendo que sí, que es la persona que he estado buscando todo este tiempo y la cháchara es tan cálida y larga, *sírvase pancito mi amigo, sírvase pancito*, comienza el frío y entramos a la casa. Le dejo mi escrito sobre los *chinos* y los estados de conciencia para que me de su opinión y quedamos de vernos en unas dos semanas.

Tomo el escarabajo y manejo feliz hacia Santiago, al fin he escuchado todo lo que intufá que les tenía que pasar a algunos *chinos*, aquí está este alférez hablando de sus encuentros con la divinidad mientras canta en las fiestas, aquí esa profundidad tan obvia, ese puente con el otro lado que aparece en las curvas ocultas por la niebla mientras las ruedas adivinan el camino, al lado el río Aconcagua y más allá la luna, al fin hablo con Galdames, al fin sabré qué le parece todo lo que he escrito sobre los *chinos*.

Nuevamente el motor del escarabajo y los cantos multifónicos, carretera norte y ruta a Con Con, manejar y cantar multifónicos con el sonido del motor, recorrer la tierra y llegar a Ventanas pero Galdames no está, está en Santiago. Me devuelvo y lo llamo por teléfono para invitarlo a mi casa y ahí me dice que leyó mi libro, que leyó lo que escribí y que está muy bueno,

muy, pero muy bueno, ¿y sabe por qué, amigo? Porque es la verdad, porque ahí usted' cuenta la verdad de lo que le pasa al chino cuando chinea, en serio, amigo, está muy bueno, y yo voy sintiendo esa alegría que va subiendo a mi rostro y salto de felicidad y quedamos de vernos en dos días.

¡Qué locura, Galdames encontró bueno mi escrito, qué locura! Tanto revolverlas con ese escrito, tanto revolverlas y ahora saber que sí, que la cosa es así, que Galdames me está diciendo que ésa es la verdad con los *chinos*.

Manejar a Ventanas y sentarnos en el patio a conversar tantas cosas que tenemos para conversar y doña María nos sirve tecito y pescados fritos y luego de tantas horas conversando, de tantas horas escuchando hipnotizado todo lo que me cuenta le digo que me gustaría tanto salir con él, chinear en su baile, y él me mira y me dice, *claro po' amigo rubio, si yo lo he visto chinear a usted', si yo sé como chinea usted' así que no se haga problema, la próxima semana vamos a San Pedro a Maitencillo con los cabros de Pucalán, ahí salga con nosotros pue', yo hablo con los cabros y listo.*

Una historia me pasó cuando andaba con el Iván, una vez la canté en Petorquita; salimos a pescar de aquí como a las tres de la tarde, con un día precioso, un sol y una calma, ¡olvídense! pensábamos volver como a las nueve de la noche, ¡qué nueve de la noche! Allí afuera nos pilló una neblina, con lluvia, sin poder levantar los espineles con el viento, y nos perdimos.

Ya nos creían muertos, los cabros se van a trabar, se van a congelar, eso pensaban los gallos aquí en la playa, andábamos con el tamborero del baile, el Chococo, que se había casado el día antes no más.

Claro, ya como a eso de las dos de la mañana el cabro se empezó a trabar, empezamos a hacer fuerza como luchando pa' entrar en calor. Llegó como las cuatro de la mañana, no había ninguna esperanza, el Iván me decía vamos, le entró la nostalgia al hombre, yo lo calmaba y le decía mira, si nos vamos de noche con neblina y lluvia, póngale que nos metamos a la isla, que nos metamos a una orilla y no nos demos cuenta y nos de vuelta la mar y nos tengamos que ahogar, esperemos no más,

esperemos y cuando aclare vemos que podemos hacer, pero el cabro empezó a desesperarse tanto, le empezó a avanzar la nostalgia y empezó como a exigirme que nos viniéramos.

Yo me arrodillé en el bote po ñor, porque no he sido nunca vergonzoso pa' contar las cosas ni pa' hacerlas, me arrodillé en el bote y empecé a pedir; "Señor, si es que nos ha llegado la hora de morir, mándanos la muerte lo más rápido posible pa' que no suframos, y si es que nos vai a sacar de aquí, sácanos lo antes posible porque mi compañero está angustiado y el hombre en cualquier momento se puede tirar al agua dentro de la desesperación. Señor, tú sabís lo que hacís con nosotros, si querís nos sacai de aquí, tú sabrís, pero te pido que nos dis alguna solución en este momento, tú sabís qué podís hacer por nosotros, y ayúdanos en último caso pa' salir de aquí, si no, manda la muerte luego, lo más rápido posible pa' que no perdamos control y no sepamos cómo vamos a morir", porque yo me encontraba medio trabado también. Estaba en eso cuando el Iván me dice, ¡joye Quilama, Quilama mira, ahí hay una luz!

Hay una luz, le dije yo, ese es barco, ¿pa' onde irá el barco? "No hueón, si es la punta de Quintero" me decía él, es barco Iván, es barco, yo te aseguro que es barco, y si seguimos el barco, de pillarlo no lo vamos a pillar nunca porque tiene mucho más andar que el bote, ahora cómo saber si va pa' afuera o va pa' adentro, porque si va pa' adentro y vamos detrás de él... Fue tanto lo que insistió que seguimos el barco, echamos arriba el arpero, pegamos un huaracazo al motor y partimos.

No me gustó pa' onde iba el barco, por la bomba de la mar; la bomba pega pa' tierra y nosotros aquí vamos arrimando la mar de proa, así que el barco va pa' afuera, entonces llegué y giré, sin decirle nada al cabro, me giré al revés, "¿pa' onde vai?" Oye, le dije yo, vamos con la bomba a la proa, tenemos que poner la bomba a la popa. Mira, habían 180 brazadas de hondura allá cuando salimos, vamos a correr 20 minutos y vamos a parar y medir, ahí vamos a saber altiro si vamos pa' afuera o pa' adentro; 180 brazadas, corrimos 20 minutos, me paré y medimos; 100 brazadas, no veís que venimos pa' tierra, yo no sé pa' onde venimos pero pa' tierra venimos, pa' la costa venimos.

Vamos a correr 20 minutos más, pero ojo, por si acaso alguna baja, alguna isla, por la hondura debemos estar cerca de la isla, aquí donde cayó el Nortén Bris. Corrimos 20 minutos más y nos paramos, medimos: 70 brazadas, a tierra veníamos. De repente pongo oído y siento "chiis", como que chirrió algo, ¿sentiste chirriar Iván?, "claro", esa es la costa, pon atención pa' onde está chirriando, "pa' allá", pa' allá nos vamos a acercar. La ola donde rompe en las piedras chirrea, con neblina golpea, chirrea cuando hay neblina. Pa' allá nos vamos a acercar pero vivo el ojo, corrimos 10 minutos más y llegamos a un recalmo así como esta mesa, ni una ola. Y yo que paro el motor cuando viene la mar quebrando por encima del bote; jarma los remos Iván y échate pa' atrás, mira la mar viene quebrando ahí!

¡No sería que quebró la mar y descansó!, estábamos en el descanso, estábamos al lado de adentro de la isla, habíamos entrado por el lado de abajo, por eso no nos topamos con boquerías altas, y ahí vino un viento, un viento sur, y despejó, y conocimos; estábamos en Maitencillo adentro, y ahí echamos a andar ñor pa' acá, atravesando por la orilla y llegamos aquí, llegamos aclarando aquí.

Viera usted como estaba la gente en la caleta, se había corrido que los cabros no habían llegado, y con lluvia, viento y neblina, los cabros se trabaron, los cabros se han trabado, decían, todos estaban ahí, hubiera visto usted el gentío, tenían fogatas, desde la noche, como de las doce de la noche la gente esperando, y no podía salir ni un bote a buscarnos, cómo, con lluvia y neblina.

Mi papá dice que le decía a mi mamá: el cabro mío no es hueón, ése no se va a largar de donde están fondeados, si es que les va a tocar morir van a morir, pero van a morir fondeados los cabros, el cabro mío no es hueón, ése no se va largar a morir por ahí en las piedras, y de encontrarlo después cuando pase la neblina lo vamos a encontrar muerto, pero lo vamos a encontrar.

Esa era la confianza que tenía mi papá, que yo no me iba a largar mientras no aclarara. Cuando aclarando llegamos ahí, ¡ahí vienen!, nosotros sentíamos allá en la mar, ¡ahí vienen!, ahí vienen, toda la gente, unos con ropa, con zapatos se metió

la gente a la mar, y el bote en el aire, no pusieron ni huiros, pa' afuera, en el aire, toda la gente pa' arriba, y el bote lleno de pescá, si andábamos llenos de pescá. Ya cabros, váyanse pa' la casa a tomar café, nosotros les ordenamos las cosas, váyanse no más, gracias a Dios que están vivos.

Y así me han pasado re' muchas cosas, así se ha ido tejiendo la vida mía y he ido cantando donde voy dándole las gracias al Señor por esto, por lo que me ha dejado vivir, porque me ha dejado pasar y seguir viviendo tranco a tranco las cosas que me han pasado.

26 de junio de 1994, bailo *chino* en Maitencillo por el baile de Pucalán con Galdames a la cabeza, pequeño sueño cumplido; chinear en Maitencillo y en el baile de Galdames es algo que he imaginado tantas veces y aquí estoy haciéndolo, todo llega en esta vida, tarde o temprano sucede lo que tiene que suceder y hoy bailo en mi querido Maitencillo, en mi lugar de la infancia y la adolescencia, hoy vuelves a él y lo recorres chineando mientras el mar te mira y tú le tocas y le das las gracias por tantas cosas, por tantos momentos vividos a su lado.

Micro al museo y este dolor en todo el cuerpo, apenas consigo moverme, la piernas y la espalda destrozadas, el lápiz con que escribo se resbala de la mano, el cuerpo moviéndose apenas pero tan feliz; por mi cabeza pasan imágenes de la fiesta de ayer y se dibujan en el vidrio de la micro; el día azul, el mar azul, la tierra en todo su esplendor y el suelo húmedo después de la lluvia.

Llego temprano a la caleta y ahí están los pescadores maitencillos arreglando el lugar, poniendo banderas de papel, arreglando ese altar sobre un bote y atrás el mar. Le ayudo al Negro a poner banderitas mientras todo se va llenando de aromos, de ramas amarillas que cubren el bote y de palos que levantan a modo de arco. Los hombres se mueven tranquilos, hermoso día de invierno, el sol calentando los huesos, aún no llegan los invitados y la gente se sienta en las escaleras del Paranga, aparece el Jaime corriendo por aquí y por allá, la cosa se mueve, hay que dejar todo listo y ya llega el baile de Quebrada Alvarado, aquel baile que formamos con el José y Daniel y el Agustín, allá en El Tebal, están aquí y converso con Tomás, con Miguel, con los

Poblete. La cosa se va armando, llega el baile de Valle Hermoso y de Loncura, Pucalán aún no aparece.

Los amigos del baile de Quebrada Alvarado me invitan a que salga con ellos nuevamente, *salga con nosotros, amigo rubio, si los de Pucalán no han llegado, vístase por nosotros no más, "no, si ya van a llegar, ya tienen que llegar"* y me paseo nervioso con mi gorro y mi flauta a cuestras preguntándome por qué mierda se demoran tanto, ¿irán a venir?

Todo se llena de *chinos*, de camiones y micros con bailes a cuestras, del sonido de algunas flautas tocadas por ahí y los infaltables bombos de los danzantes. La gente se pone sus trajes atrás de las micros, los vendedores comienzan a aparecer y a gritar sus productos, el altar está listo, los botes adornados, el Negro me dice que él también va a salir, ha traído su flauta y quiere chinear, como antes, como cuando chico, Pucalán no aparece, ¿qué hago?

¿Y supiste si venía Galdames? le pregunto al Jaime, *sí, me dijo que venía pero ya debiera estar aquí, si ya vamos a empezar*, y ahí aparece la vieja camioneta de Galdames con todos los *chinos* a cuestras, se estacionan y yo miro a estos hombres pensando tantas cosas, no los conozco y chinearé con ellos, no me conocen y chinearán conmigo, veremos qué resulta. Galdames se me acerca y me saluda, *qué dice, amigo rubio, nos atrasamos un poco pero ya estamos aquí*, y me presenta a la gente diciéndoles que me ha invitado a que salga con ellos y ellos miran medio extrañados a este santiaguino que seguramente se va a morir a los dos minutos de chinear y ya estamos todos vistiéndonos, apurados porque ya los otros bailes se están saludando.

La procesión va desde la caleta hasta donde los Ríos, allá cerca de la casa. El baile de Pucalán con diez por lado, todos buenos, voy sexto en la fila, detrás de la llorona, y el sonido es increíble, dos tamboreros que se turnan, uno joven y uno viejo; ambos buenos y rápidos; arriba, abajo, vuelta, arriba, abajo, vuelta, el sonido en las mudanzas es increíble, cuando vas caminando el sonido es corto, fuerte y sin catarrear, pero cuando empiezan las mudanzas se produce una masa armónica increíble, el sonido se compacta, se aprieta y se expande, el flauteo es más largo y se junta en una gran masa que me inunda

completamente, el sonido de ambas filas se junta, se entrelaza formando un colchón armónico, la diferencia entre el sonido en mudanza y el sonido caminando es notable.

En el baile hay varios viejos buenos y los jóvenes también le dan hartito, el sonido de diez por lado y las lloronas hacen algo increíble y aquí vamos saltando por Maitencillo, doblando por El Churro y llegando a Las Conchitas y tocando con toda el alma, atrás mío hay un cabro de unos veinte años que toca tan bonito su flauta, la hace gorgorear deliciosamente aguda y ya nos miramos y nos pegamos y hacemos un dúo perfecto; mi sonido es grave y el suyo agudo y ambos se funden y nos vamos riendo con los ojos mientras tocamos sin parar cada vez más fuerte y amplio, arriba abajo, arriba abajo, zapatillas azules, pantalón negro, polera azul, cinta blanca y roja, bonete negro con pompón blanco colgando en la frente, últimos en la procesión, adelante de nosotros Loncura, los Hermanos Prado, Valle Hermoso y Quebrada Alvarado. Pasamos por donde don Pedro y comenzamos a bajar a la playa larga y nos arrodillamos ante la gruta y seguimos tocando tan bonito, tan bonito. Pasamos por el quiosco del Claudio y allá se ve la playa que sigue hacia la laguna, sus olas y los cerros de Cachagua atrás, este paisaje tan querido que hoy miro subiendo y bajando desde tan lejos y desde tan cerca, estás chineando en Maitencillo y estos tamboreros son unos demonios y subes y bajas tan fuerte y ahí está la tía Norma mirando la procesión y junto a ella mi madre y la Nana Nora, finalmente han venido a ver de qué se trata esto de los chinos que hace el Claudio y caminan al lado de la procesión y el sonido del mar me envuelve y canta junto al sonido de las flautas y nos metemos por la calle de atrás de La Leche y pasamos entre los pinos y doblamos por los Ríos hacia el mar, doblas la esquina y aparece el mar al fondo lleno de olas y te sientes tan bien, el esfuerzo de estar chineando se te olvida mientras suenas y suenas y el baile suena y el universo suena y volvemos por la calle de adelante, doblamos por los Arredondo y comenzamos a devolvernos hacia la caleta y cuando vamos por la casa de la Lizi y el mar frente a mí y Maitencillo y el hotel y las rocas y este sonido increíble y hace 32 años que vengo a este lugar y esa emoción que me arrasa y siento eso tan extraño, esas lágrimas cayendo en medio del tumulto; lloro mientras chineo ferozmente en Maitencillo y siento esa paz, ese estado indescriptible que se produce de a ratos mientras chineas y todo toma sentido; la vida, la muerte, el tiempo, todo toma

sentido y se arma de manera tan precisa, tan nítida, y te das cuenta de tu lugar en este mundo y de tu relación con él y sigues chineando en medio del cielo y ya estamos frente a la Virgen nuevamente y comenzamos la subida del hotel y la casa del Negro y don Pedro y la infancia y los caballos y todo es volver hacia la caleta, doblar a Las Conchitas, pasar la bajada del cura sin cabeza y llegar frente al altar y cantarle ahí a San Pedro tan largamente, llorar mientras Galdames canta la historia de la muerte de Pedro y yo repito sus versos en un estado mental tan lúcido, tan abierto, dándome cuenta de tantas cosas, de la vida y la muerte, de la noche y el mundo...

Al fin hago el coro a Galdames y toda su fuerza me envuelve y me expande, al fin canto con Galdames y todo es tan dulce y claro, mi voz se une a la de los veinte chinos y entra a los oídos de San Pedro y de ahí al querido mar, a este querido mar maitencillano que suena haciendo un fondo delicioso al canto de Galdames.

Cuando el baile está bien es cuando uno está emocionado, y siente la fiesta viva, ¿me entiende?, siente, siente el poder divino ahí, vivo, entonces dicen: andamos buenos hoy día, ¿te has dado cuenta que andamos buenos hoy día?, andamos buenos porque ha estado el espíritu divino vivo ahí. Uno trata de hacerlo lo mejor posible, que le agrada a Dios, no que le agrada a la gente, porque yo no soy artista, nosotros no vamos a buscar aplausos ni nada de eso, sólo vamos buscando que la gente entienda que es una manera sincera y sencilla de alabar a Cristo, si eso es todo, es una cosa muy pequeña.

Y usted cuando viene llegando al templo, es la parte más sublime que uno tiene... esa es la parte en que le da un aire nuevo porque viene cansado de toda la procesión y ahí llega como un aire nuevo que lo lleva a bailar más, porque es la última danza que voy a hacer aquí, porque esto ya se acaba, se viene a su casa y no sabe si algún día más va a volver a la fiesta o no, si Dios lo llama, si no alcanza a ir más a la fiesta. Entonces ese es un momento sublime cuando uno viene llegando al templo y tiene que despedirse y es la parte más penosa, porque como uno ama tanto a Cristo no quiere venirse del lado de él, y sabe que tiene que venirse, está obligado a venirse porque tiene que venir a sus labores, a su trabajo, tiene que retirarse de ahí.

Entonces uno a veces espera y espera hasta poder despedirse cantando, ¿no cierto? Para mí esa es la parte más emocionante, cuando ya se va a despedir, esa es la tristeza.

Horcón, San Pedro y el baile de Pucalán, chineando una vez más y Galdames cantando con ese sentimiento tan grande, los botes se llevan a San Pedro a su paseo por el mar y cuando debemos partir nuevamente a la iglesia, los *chinos* de mi fila están tomando en algún boliche y no aparecen y el Mario me dice, *ya, amigo rubio, pasa pa' adelante no más, anda a afirmar la punta*, y quedo segundo, al lado del Lucho, el señor flaco y largo con sombra en el pulmón. Comienza la procesión y voy segundo en la fila y al frente el Pillo con esa flauta tan buena y que suena gorgoreando a través de todo el baile, le da largo y gorgoreado y desde que comenzó la fiesta que lo miro y lo escucho desde mi posición de sexto en la fila y le toco a él, desde atrás le toco a él porque su sonido es increíble y me encantaría estar tocando frente a él y ahora estoy, ahora estoy segundo, frente a mí está el Pillo y comienzo a alargar mi sonido y a mirarlo a los ojos y a chinear con toda el alma y el sonido de las dos flautas es perfecto y se va formando un sonido que se va arrastrando, un sonido largo que recorre el sonido del baile y al fin tengo a un *chino* de los buenos al frente y suena esa maravilla que se forma sólo a veces y el Pillo me mira sonriendo y ya estamos enganchados y vienen las mudanzas y el sonido se alarga, se alarga tan dulcemente y las lloronas al lado, arriba abajo, arriba abajo flotando en el sonido, inmensa masa armónica que sacude el espacio y las mudanzas acaban y tocamos fuerte y cortado pero ya vienen nuevamente y todo es alargar el sonido y pasarse a la fila del frente y formar un sonido continuo con el Pillo que también se pasa a mi fila y somos como dos inmensas lloronas y yo intento seguir un segundo más, durar un segundo más en cada soplado pero es imposible, inflo mis pulmones lo más que puedo pero es imposible, el cuerpo exigido a todo lo que da, soplando con una intensidad que rompe el límite, una corriente suave me recorre el cuerpo, comienza a dolerme el bazo pero es sólo no hacerle caso y seguir soplando, mirando fijo a los ojos al Pillo y saltando como los pájaros en otoño.

Me pego al Lucho, al puntero que está a mi lado y me acuerdo de cómo Armando me ha dicho que el segundero tiene que ir

pegado al puntero, apuntalándolo firme, un solo bloque, y el sonido del Lucho también es delicioso y formamos un bloque que se une al del Pillo y Arturo y al baile de Puchuncaví, delante de nosotros tocando a otro pulso y ahí me doy cuenta de lo importante que son los punteros y segunderos, somos los pilares del baile, todos hacia atrás se gufan por nosotros y es tan bueno tocar a un pulso y escuchar al mismo tiempo a Puchucaví que toca a otro pulso y quedarse allí en el medio tocando y escuchando, concentrado como si fueran las dos manos en el piano, tocando en Pucalán pero escuchando además a Puchuncaví, deliciosa disociación mientras saltas y te entierras en la arena de la playa y los granos entran por tus zapatillas y tocas y tocas y llegas luego al callejón y a la iglesia y ahí cantarle a San Pedro, ahí Galdames cantándole a San Pedro y estremeciendo las paredes mientras nosotros hacemos el coro.

*

Fiesta de San Pedro en Ventanas, julio de 1994, baile de Pucalán, ahí están el Mario y el Camiseta esperando que llegue el baile y comenzamos la cháchara y el Mario me dice que me tengo que poner frente a él, que seamos pareja, los dos terceros. Bueno, le digo y allá se ve la camioneta de Galdames, Quilama, llena de gente, surcando rauda la costanera con todos los *chinos* arriba y nos vamos a vestir a la casa de los papás de Arturo y comienza todo. Estamos vestidos y mojando las flautas y los *chinos* importantes comienzan a discutir en qué lugar me ponen; *que vaya frente a mí*, dice el Mario, *no, no, no*, dice el Pillo, *que vaya segundo no más, que vaya segundo pa' que vayamos juntos, si yo quiero contrapuntear con el amigo rubio*, discuten mi posición mientras algunas flautas suenan y la playa se ve tan bien allá abajo, la bahía de Ventanas y toda la porquería de industrias atrás. Finalmente gana el Pillo e iré segundo, lo que me parece perfecto porque el Pillo toca deliciosamente y nuestras flautas son hermanas y bajamos hacia el pueblo por ese callejón rodeado de plantas y humedad, es julio en Ventanas y todo está húmedo, hay ese olor a invierno que entra tan fuerte cada vez que tomas aire para echarlo dentro de la flauta y transformarlo en ese sonido delicioso que recorre el pueblo junto a ti.

Al lado mío, en la punta, va un cabro que no conocía, al frente el Arturo y el Pillo y luego el señor alto de pelo blanco, el Arturo toca tan fuerte y *stacatto* mientras el Pillo toca tan largo

y entre ambos forman un bloque perfecto, delicadamente perfecto; después de mí está el Zorro. Vamos de nueve por lado.

Allá se ve el baile de Loncura y vamos a saludarlo, nos enfrentamos y le damos con ese sonido tan bueno que forman ambos bailes, punta contra punta saltando como locos, cada baile a su *tempo* y juntos formamos esas polifonías que inundan el mar y los botes y las banderitas de colores que cuelgan sobre nosotros y las ramas de aromos que rodean la calle hasta que paramos y Quilama comienza a cantar con Perico, el alférez de Loncura, y se enfrascan en un largo contrapunto y ya estamos nuevamente tocando las flautas y repentinamente me cambian para puntero, viene la señora Angélica, secretaria del baile, me agarra y me dice, *¡póngase en la punta, póngase en la punta!* y hace un enroque entre el puntero y yo; él queda segundo y yo quedo puntero mientras algo tan raro me va invadiendo, la sorpresa de estar puntero en el baile de Pucalán, me parece increíble, ser puntero en este tremendo baile es un honor que no cualquiera tiene, aquí estoy y hay que echarle pa' adelante no más, soplar más que nunca y tocar con mis ojos pegados a los ojos del Arturo que me mira sonriendo y aprobando mi sonido, lanzándome su tremendo sonido con toda el alma y yo contestándoselo con todo lo que tengo. De a ratos le chineo al Arturo y de a ratos al Pillo, la responsabilidad de estar en la punta es tan grande, en este momento soy quien gufa a la fila entera y es un peso que siento, es una presión síquica más fuerte que de costumbre, chineo igual de aperrado que siempre, es imposible sacar más sonido a la flauta por más que deje mi vida en cada soplo, es imposible sacar más pero igual lo intento, lo intento y me reviento en círculos concéntricos que pasan por mi mente y se pierden hacia atrás por las flautas del baile.

¿Cuántos años durará esto? ¿Cuántos años seré un *chino* tan aperrado?

Se me confunden los tiempos, las sucesiones se trastocan, el tiempo no es lineal, el círculo y todos los círculos, seguimos bailando y comenzamos a entrar a la iglesia a saludar a San Pedro. El delicioso cambio de sonido al entrar a la iglesia, todas las flautas rebotando por las paredes de la iglesia de madera y al fondo San Pedro en su bote y al lado la Virgen y más atrás Cristo clavado a su cruz pero todo es tocar tan ferozmente y Galdames comienza a cantar ese canto tan hermoso, saludando a San Pedro en nombre del baile de Pucalán y todos nosotros

repitiendo a grito pelado el saludo y de repente comienza a decir que quiere pedir un favor para un amigo que nos viene a acompañar y por mi mente pasa algo así como una intuición, algo tan raro y lejano que me dice que me está cantando a mí pero lo descarto inmediatamente, es demasiado descabellado, te estás dando demasiada importancia, no porque estés de *chino puntero* se te tienen que ir los humos a la cabeza pero en la tercera cuarteta dice que el amigo al que se refiere está de *chino puntero* y yo comienzo a temblar y luego dice que viene de Santiago y ya es evidente que se refiere a mí y es tan impresionante:

*voy a pedirte un favor
tú me lo vai a escuchar
un favor tuyo pues Pedro
pues me vai a disculpar*

*te digo Pedro hacia el cielo
no se te vaya a olvidar
voy a pedirte por un amigo
que nos viene a acompañar*

*el amigo que yo digo
pues te lo digo llavero
que en este preciso instante
está de chino puntero*

*tú lo sabís Pedro santo
porque lo sé que lo hago
él te viene a acompañar
y pues viene de Santiago*

*lo que te quiero pedir
yo que soy hombre costino
cuando regrese a su casa
pues cuidalo en el camino*

*hácelo Pedro adorado
pues te lo implora mi canto
cuando vaya en el camino
pues cúbrelo con tu manto*

Estoy en la iglesia de Ventanas cantando con el baile de Pucalán y mi querido Galdames le está pidiendo a San Pedro que me

proteja y todos los *chinos* repitiendo a coro mientras algo sube por mi sangre y no puedo creer lo que ocurre; estoy en la iglesia de Ventanas, puntero de la fila izquierda, y Galdames, a medio metro mío, le está pidiendo a San Pedro que me proteja en el camino de vuelta a casa, mis ojos clavados en sus ojos mientras esa emoción tan grande me recorre, Galdames canta en la iglesia de Ventanas y todo gira, se desarma y se vuelve a armar en mí.

Tiemblo mientras repito el coro, algo sube por mi cuerpo y me obliga a sonreír tan dulcemente, mi sonrisa se expande de incredulidad, de sentir ese inmenso puente que me está tendiendo Galdames, mi querido Galdames, dos años persiguiéndolo por todas las fiestas y él escapando y diciéndome que no lo grabe, que no lo filme y hoy estoy aquí en su baile, en el baile de Pucalán, soy el puntero y le está pidiendo a San Pedro que me proteja, no es orgullo ni vanidad ni cosas por el estilo, es algo tan profundo que me tira y me tira, es este hombre con ese carisma increíble, con esa sensibilidad tan pura pidiéndole a San Pedro que me proteja, hay algo tan profundo que se cierra, algo que se viene formando desde hace unos seis meses que se cierra y se abre para siempre; mis ojos pegados en sus ojos, sus ojos pegados en San Pedro, ese temblor que me recorre el cuerpo, esa emoción que vive en su canto y que pasa a San Pedro y a los *chinos* que repetimos el coro con tanta fuerza y es todo el baile pidiéndole a San Pedro que me proteja, qué locura, que puente inmenso se ha formado entre los *chinos* y yo, ya soy *chino*, ya no puedo seguir hablando de ellos porque ya me han considerado uno de ellos, es como una segunda iniciación en esta fiesta de Ventanas; soy puntero y Galdames pide por mí en la iglesia y es tan extraño porque nunca había escuchado algo así; cuando los alféreces cantan a alguien lo hacen recordando a algún muerto o pidiendo por alguien que está enfermo, pidiendo por su sanidad, nunca había escuchado algo así y cuando se lo comento a Galdames mientras vamos a su casa a almorzar me dice, *es lo que sentía po' amigo rubio, si uno tiene que cantar lo que siente y en ese momento yo lo sentía, lo canté con el corazón y salió bonito, si uno canta lo que siente siempre sale bonito.*

Salimos de la iglesia y nos enfrentamos con el baile de Puchuncaví, los bailes frente a frente, puntero contra puntero tocando tan fuerte, a centímetros del puntero del otro baile, cada uno a su

pulso tocando en su baile, la locura de ser el primero y el que debe mantener el pulso del baile, de mi propia fila, y sentir al otro baile pegado a ti y de vez en cuando girar un poco y pegar el inmenso flautazo en la oreja del puntero del otro baile, inmensa textura de sonidos que me envuelven completamente, rodeado de las flautas más potentes, los cuatro punteros tocando juntos a diferentes pulsos, lo más delicioso de los sonidos de cada baile, todos juntos en mis queridas orejas. Estoy en el punto exacto de encuentro de las mejores flautas, manteniendo un nivel de concentración altísimo en mi pulso para no perderme pero al mismo tiempo absolutamente suelto escuchando el sonido del otro baile y la polifonía que forman ambos; arriba, abajo, arriba, abajo, toco más fuerte que nunca, en realidad igual que siempre pero con una presión psicológica mayor, soy el puntero y estoy frente al puntero de otro baile y de pronto pasa por mi mente la locura que es ser puntero por toda la connotación de jerarquía y orgullosos y tantas cosas que hay en un *baile chino*, es decir, que me pongan de puntero significa que me han aceptado absolutamente y que mi sonido y mi danza son tan buenos como para ponerme en la punta, a mí, un extranjero, habiendo *chinos* tan buenos en el baile han preferido ponerme a mí a la punta. Mire, le explica Galdames a José, cuando le pregunta por qué me pusieron en la punta, *mire amigo, usté' verá pue', aquí el amigo rubio es bueno, es un caso excepcional que haya aprendido mirando, así, de repente, y no falla ninguna mudanza, si usté' es un caso único, viniendo desde Santiago, de la capital, y no conociendo esto, y cuando lo conoció, tomó una flauta y ¡pun!, y no viene ná' estrenar porque no puede venir desde tan lejos, viene exclusivamente a la fiesta no más, y no se pierde nunca, no ve que es un caso excepcional, es un don que usté' tenía y no lo sabía. Y ahora va en la punta porque está catalogado entre los buenos chinos, porque aquí, nosotros también catalogamos al chino; está el bueno, está el regular y el malo. Y usté' está catalogado entre los buenos; va a la punta, lo ponimos a la punta porque es bueno, es duro, firme, nunca larga la flauta, y principalmente, cuando va chineando, da la impresión que va concentrado en lo que va haciendo, va totalmente emocionado de lo que va haciendo, entonces, tiene calidad pa' ir adelante. Claro, si usté' tenía esa dote tremenda...*

La verdad es que ser puntero en un baile tan bueno como este no es cualquier cosa, es como ser puntero en el baile de Cai Cai,

tal vez en otros bailes no sería tanto, en bailes más malos los punteros son más o menos pero en éste, que suena tan bien, que es el mejor de la costa y que sólo le hacen el peso Pachacamita y Cai Cai, es descabellado.

Galdames nos invita a almorzar con José, deliciosos locos y conversación entretenida, tremendo hablador de cosas tan interesantes, hilando una con otra de manera tan amena y luego la procesión, don Lucho se viste y se pone de puntero, igual que en Horcón, está enfermo del pulmón y se reserva para la procesión y toca tan bien y ahí formamos un tremendo bloque, él de puntero y yo de segundero y nos vamos tocando pero luego de unos diez minutos se cambia de lugar, toma una flauta chica, se pone quinto en la fila y quedo nuevamente de puntero. Ahí vamos dándole y dándole en dirección a la playa y pasamos por esa calle angosta y las filas se juntan, separadas sólo por un metro y el sonido se pega y es una inmensa textura que resuena en las paredes y vuelve a mis oídos y a mis ojos y a mi cuerpo que se esfuerza frenéticamente por sonar aún mejor, por sonar aún más fuerte y más amplio pero es imposible, todo tan lleno de capas simultáneas que se mezclan y forman nuevas capas, toco con toda el alma y el Arturo me devuelve el soplido mirándome a los ojos. Llegamos a la playa y vamos bailando por la arena húmeda y en cada paso brota el agua y saltas en los charcos mirando el mar, el muelle, los barcos durmiendo sobre el mar y doblamos hacia la gruta de San Pedro y ahí nos quedamos listos para comenzar a cantar pero llega el eunuco y se pone a decir bobadas, que la verdadera fe es una y sólo una, que todo lo demás es mentira y demoníaco y cosas por el estilo y luego seguimos la procesión sin cantar allí, en la playa, a San Pedro, ahí donde debiéramos haber cantado habló el eunuco pero seguimos por la playa y Camiseta toma el tambor y se pone al frente del baile, se mueve entre los punteros y los terceros y nos saca el jugo, mudanza tras mudanza, un músculo del muslo izquierdo comienza a dolerme en cada agachada y va en aumento, olvidarse de él porque si no estás frito, Claudivarius, tocar y tocar con el Camiseta subiendo y bajando sin parar, esforzándonos al máximo, dando todo lo que pueda haber dentro de mí; arriba abajo, arriba abajo, toco tan fuerte y tan bonito mi querida flauta, voy puntero en el baile de Pucalán y de a ratos no lo creo, voy puntero en el baile de Pucalán y el aire se quiebra y se arma continuamente.

"CLARO PUE' AMIGO RUBIO, CLARO QUE SERIA BONITO"

Ha pasado tanto tiempo, ha pasado el verano y el invierno, han muerto algunos y han nacido otros; sabe, amigo Quilama, me gustaría proponerle algo, me gustaría que escribiéramos un libro juntos, porque en ese otro que escribí puse algunas cosas que usté' me habló pero ahora me gustaría que hiciéramos uno juntos, o sea, que usté' cuente su vida como chino, todo lo que me ha contado a mí, y yo lo grabo y después lo paso a escritura tal cual, y por otro lado yo escribo lo que me ha pasado a mí como chino y podría salir algo tan bonito.

Me mira sonriendo y echándose pa' atrás con cara de alegría y sorpresa y me dice, *claro pue', amigo rubio, claro que sería bonito, pero habría que pensarlo, ver los temas, es una buena idea*. Ya po', le digo yo, empecemos altiro no más, y saco por primera vez la grabadora y va quedando todo ahí, guardado, preso en una cinta y luego en estas letras, en este libro que finalmente resulta, el libro de Quilama y Clau, el inmenso puente al universo. Tantos días conversando y tomando té allá en Ventanas, tantos días comiendo pescados fritos y panes y causeos de machas y la conversación arrastrándose en mis oídos y en sus labios; Quilama, mi querido maestro Quilama hablando y finalmente todo queda aquí, en estas páginas, para siempre.

Oye negra, caliente un poco de comida, ¿hay algo pa' comer o no? hácete unas machitas, comamos un causeito de macha, pero nos vamos a ir pa' adentro porque está muy helado aquí, allá adentro prendimos la grabadora de nuevo, amigo rubio.

Y así hemos ido haciendo cosas hasta que hemos llegado al momento en que nos venimos a conocer, por allá por Zapallar, ¿se acuerda la primera vez? En Zapallar parece que fue donde lo reté, se acuerda que lo reté, andaban grabando ustedes y grababan mucho a Dionisio, el bombero, y yo le dije no po' amigo, yo encontraba que, le voy a decir la verdad ahora, yo encontraba que ustedes lo enfocaban pa' burlarse del hombre,

entonces le dije, no amigo, no grabe más al hombre, se acuerda, y después salió siendo que usté' también le pegaba al chino y hasta ahora hemos sido grandes amigos, claro, porque no ve que después entre conversación se va conociendo como persona, porque yo siempre lo miraba, si a mí me interesaba re' poco que usté' grabara y que se riera de mí, no importa, que hiciera lo que quisiera me daba un cuesco, porque con lo que yo hacía por Cristo me sentía feliz, la felicidad más grande ir ahí, saltando y bien presentado, porque eso es lo que yo pienso, alabar a Cristo por lo que nos da.

Y así hemos llegado con el tiempo de las fiestas, pa' allá, pa' acá, hasta que hemos llegado a que con usté' hemos andado chineando juntos, hemos salido juntos, está aquí en mi casa, somos amigos y vamos a seguir siendo amigos hasta que Dios nos tenga vivos en esta tierra, porque yo soy así, siempre vamos a seguir siendo amigos mientras Dios nos tenga aquí en la tierra, como le digo, no tengo distinción yo con usté' ni con ningún otro baile; me siento feliz que usté' salga conmigo, me siento feliz que venga a mi casa, ¿me entiende?

Así que, amigo mío, podemos, relatar la vida de nosotros, como me han pasado las cosas a mí, y como ha sentido las cosas tuyas, podemos contar esto de los chinos. Usté' también puede relatar su vivencia, cómo empezó, cómo llegó y por qué se ha generado esta amistad entre nosotros, se ha generado porque nos creímos las cosas los dos, claro, nos creímos, entonces no es mentira, entonces como a usté' le pasó algo, que si usté' lo explica, ni su mamá lo va a entender, ¿pero cómo?, va a decir, pero es que hay que estar en el hecho para vivir lo que uno vive chineando.

Los labios se hunden y se acuestan en la primera piedra, los años cuelgan y se van sumando, toco piano tan deliciosamente, las notas sucediéndose en una figura mínima, dos grandes masas de sonidos, toco a los *chinos* en mi querido piano, toco a los *chinos*, mis queridos *chinos*, siempre los *chinos*...

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la ayuda de
La Negra, de José Pérez
de Arce y de Pancho
Gallardo, sin quienes
este libro sería aún un
proyecto más.

Agosto de 1996.

OTROS TITULOS DE ESTA COLECCION

Antropología. Cruzando a través (desde el otro lado)
Francisco Gallardo Ibáñez

El umbral roto. Escritos en antropología poética
Juan Carlos Olivares Toledo

La imaginación araucana
Pedro Mege Rosso

REGISTRO	101 400	CLASIFICACION	291.4
SECCION			M 553
			1997
AUTOR			C3
TITULO			
DEVOLUCION		LECTOR	

Biblioteca MCHAP
 Compañía 1068 (subt.)
 Fono 9281523 (fijo)
 Lunes-viernes 10-16hrs.

Claudio Mercado Muñoz nace en Viña del Mar en 1962 y vive su infancia en Quilpué, emigrando en su adolescencia a Santiago. Es licenciado en Antropología con mención en Arqueología, y magister en Musicología, ambos grados obtenidos en la Universidad de Chile. Ha participado en numerosos proyectos de arqueología, antropología y etnomusicología, centrando sus investigaciones en la zona central de Chile y en las comunidades indígenas del alto Loa, norte de Chile, buscando entender la relación entre la música y los estados de conciencia.

Ha dictado clases en universidades y ha realizado programas de difusión cultural en radio y televisión. Es creador del Archivo de Música Indígena y del Archivo de Videos Etnográficos del Museo Chileno de Arte Precolombino, donde trabaja actualmente como Coordinador del Departamento Audiovisual.

Ha participado componiendo y ejecutando la música para videos y cine, así como para obras de teatro.

Ha publicado los libros *Tiempo del verde, tiempo de lluvia*, *Carnaval en Ayquina* y *Pa' que coman las almas* (en edición) y colaborado en la obra *Música para encantar el mundo (Sonidos de América)*. Es autor de los videos *Con mi humilde devoción* y *De todo el universo entero*.

Es fundador y director, junto a José Pérez de Arce, del grupo de música experimental *La Chimuchina* y director de Chimuchina Records.

Biblioteca Museo Precolombino



101400